

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La institutriz



El joven príncipe de Saamadia, Omar Iben Muza, hijo mayor y predilecto del emir de Saamadia; es decir, al heredero del emirato, se encuentra en Boston en una de sus paradas de su vuelta al mundo en un viaje de estudios. Se teme que atenten contra su vida, por lo que la CIA y la MVD se ponen de acuerdo para protegerle. Alguien de la CIA le acompañará en un viaje por mar y se lo entregará sano y salvo a un agente de la MVD al finalizar el viaje.



Lou Carrigan

La institutriz

Brigitte en acción - 139

Archivo Secreto - 253

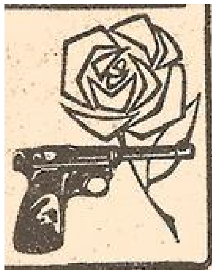
ePub r1.0

Titivillus 13-11-2017

Lou Carrigan, 1971
Diseño portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—Caballeros: voy a exponer el asunto con la mayor brevedad posible. Espero la atención de todos ustedes.

Todos los hombres que se hallaban reunidos en aquel despacho de la Central de la CIA, en el cuartel de Langley, alzaron la cabeza, apagaron los cigarrillos y se quedaron mirando con suma atención al jefe de la asamblea convocada con carácter urgente, el cual había apartado al fin los papeles que había estado leyendo.

—Bien… Este es el asunto: Tenemos en Boston, en una de las paradas de la vuelta al mundo en viaje de estudios, al joven príncipe de Saamadia, Omar Iben Muza, hijo mayor y predilecto del emir de Saamadia; es decir, al heredero del emirato. Se cumplen ahora —miró su reloj de pulsera— treinta y cuatro horas del fallecimiento del emir Muza, víctima de un colapso cardíaco, que le sobrevino repentinamente. Al respecto de esta muerte nuestros agentes en Saamadia informan lo siguiente…

Frunció el ceño, miró de nuevo sus papeles y encendió un cigarrillo.

Prosiguió:

—En tales circunstancias, ciertos sectores descontentos de Saamadia, se están movilizando, para aprovechar la ocasión, derrocar a los Muza y hacerse cargo del mando en el país. Si tal cosa llega a suceder, la situación ya más que caliente en Oriente Medio va a empeorar de tal modo, se va a complicar tanto, que todos los esfuerzos que se están realizando para mantener una… relativa paz, no servirán ni habrán servido de nada. Evidentemente, una exacerbación de las hostilidades en esa parte del mundo, podría comprometer mucho a Estados Unidos, habida cuenta de que Israel sería, posiblemente, el primer país al que atacarían los revolucionarios de Saamadia. Un ataque traería otro, una represalia originaría otra y el resultado sería una cadena de guerras que

podrían desembocar, finalmente, en la tan temida Tercera Guerra. Ni los rusos ni nosotros queremos semejante cosa…

—¿Cómo sabemos que los rusos no quieren eso? —preguntó uno de los reunidos.

—Porque hemos hecho un pacto con ellos.

—¿Con los rusos? —exclamó otro.

—Por supuesto. Una… *entente cordiale*. Digamos que ha habido un intercambio de informaciones y sugerencias entre representantes nuestros y de los rusos. Se ha llegado a la conclusión, por ambas partes de que hay que evitar esa guerra en Saamadia. Ustedes saben muy bien que no es la primera vez que se hace un pacto secreto entre Rusia y Estados Unidos. El mundo entero lo sabe, aunque ni ellos ni nosotros vamos a admitirlo abiertamente. Pero el hecho cierto es éste: hemos hecho un pacto, para evitar esa guerra en Saamadia.

—¿Y cómo vamos a evitarla? Si ha muerto el emir y los descontentos estaban esperando esta oportunidad, ya tienen el camino preparado… ¿O no es así?

—Es así. Sin embargo, tanto los agentes rusos como los nuestros informan con toda claridad que si el príncipe heredero llega a Saamadia cuanto antes, su sola presencia serviría para que el pueblo no se deje… convencer por consignas revolucionarias.

—Ah, magnífico… Entonces, sólo tenemos que llevar al príncipe a su país…

—Eso no es tan fácil… como parece. Nuestros agentes informan que se ha organizado un complot mundial para asesinar al príncipe antes de que llegue a Saamadia. Así, se sabe que están vigilando aeropuertos, muelles… Quieren localizar al príncipe y matarlo antes de que llegue a Saamadia. Los informes de nuestros hombres son bien claros al respecto: los revolucionarios, sabedores de que su príncipe está en Estados Unidos y concretamente en Boston en la actualidad, están dispuestos a todo, incluso a sabotear aviones. La consigna es clara y tajante: el joven príncipe Omar Iben Muza no debe llegar ni vivo ni muerto a Saamadia.

—Podemos disponer de un avión nuestro que lo lleve directamente…

—Se ha pensado en eso. Pero es un riesgo excesivo.

—¿Riesgo? ¡Oh!, vamos…

—Un riesgo terrible. Nuestro avión, tendría que llegar hasta Saamadia, pero, una vez en cielo saamadiano… ¿quién nos garantiza que no sale a recibir a nuestro avión una escuadrilla clandestina de aviones revolucionarios?

Durante unos segundos, reinó el silencio en el despacho sobriamente iluminado. Por fin, otro de los reunidos preguntó:

—¿Qué dicen los rusos a esto?

—En principio, se pensó que, puesto que los rusos son amigos de los árabes de Saamadia, no habría inconveniente en que unos cuantos cazas soviéticos estuviesen esperando a nuestro avión, para darle escolta hasta el aeropuerto. Pero la idea fue desechada rápidamente, por dos motivos. Uno, que esa escolta no implicaba una seguridad absoluta para el príncipe, ya que, en un posible combate aéreo, el avión que lo transportase sería el blanco preferente y quizá consiguiesen derribarlo. Dos, que la presencia de aviones rusos apoyando a un avión sin distintivos, no engañaría a nadie, pues todo el mundo sabría que ese avión era nuestro. Y eso, sería demasiado revelador de las buenas relaciones que, en casos de apuro, pueden existir entre Rusia y Estados Unidos. A muchos de los respectivos aliados no les haría gracia esta *entente cordiale*, pues llegarían a considerarse como… marionetas bien manejadas.

—¿Y no lo son?

Hubo algunas risas bajas en el despacho. El jefe de la reunión sonrió secamente.

—Nosotros no somos políticos, caballeros: somos miembros del servicio de seguridad americano para altos personajes extranjeros.

—En definitiva: ¿cuál es el plan últimamente concebido?

—El siguiente, los componentes del séquito del príncipe, se irán en un avión alquilado a una línea privada de aeronavegación. Abordarán el avión de noche, muy discreta y misteriosamente, todos juntos, y, a todos los efectos, se podrá deducir que el joven príncipe ha sido trasladado en ese avión… Los revolucionarios esperarán dicho avión en los cielos de Saamadia, pero… ese avión jamás llegará allá. En cierto aeropuerto, tomará tierra. Los componentes del séquito se separarán, y, como ciudadanos particulares, regresarán a su país. Por lo tanto, podemos desentendemos de esos caballeros.

—¿Y el príncipe?

—El príncipe irá en barco —hubo un murmullo en el despacho—. Sí, en barco. En el trasatlántico *Titania*, exactamente. Llegará dentro de una semana a El Havre, donde será recogido por agentes de la MVD, que asumirán, desde ese momento, toda la responsabilidad de hacer llegar sano y salvo al joven Omar a través de toda Europa y el Oriente Medio. Nosotros habremos cumplido nuestra parte.

—Y los rusos cumplirán la suya, sin duda. Hay que admitir esto de ellos: cuando quieren conservar una vida, lo consiguen.

—Así lo esperamos. Y no creo que se descuiden en la parte que concierne a su responsabilidad en este grave asunto. Además, ellos disponen en Europa de fabulosos medios de seguridad con los que nosotros no contamos. No olvidemos que, desde El Havre mismo, pueden trasladar al príncipe hasta Rusia, vía aérea. Luego, cruzar Rusia, bajar hacia el Caspio, siempre en territorio ruso, y, desde allí, con toda facilidad, desembarcar al príncipe muy pronto en Saamadia.

—Parece que los rusos tienen la parte más fácil, ¿no?

—Teóricamente, sí. Pero no estamos discriminando aquí esta clase de detalles. Es una cooperación y cada uno tiene su parte que cumplir. Ellos lo harán. Nosotros también tenemos que conseguirlo.

—Sin duda… Pero me pregunto si no será peligroso eso del barco. ¿Cuántos hombres de los nuestros irán custodiando al príncipe durante ese viaje por mar?

—Ninguno.

El estupor dejó mudos durante unos segundos a todos los reunidos. Hubo un suspiro de desconcierto, al fin.

—¿Cómo, ninguno? ¿Vamos a dejar solo en un barco a ese muchacho?

—He dicho que no irá ninguno de nuestros hombres, caballeros, no que el muchacho irá solo.

—¿Puede explicarse mejor?

—Lo haré con una sola palabra: Baby.

De nuevo se extendió un murmullo por el despacho, se oyeron algunas risas, suspiros de alivio…

—Podía haber empezado por ahí. ¿Qué tal si nos vamos ya a almorzar? Es más de la una.

Nuevos murmullos, ahora de aprobación. El jefe alzó ambas

manos, sonriendo.

—Caballeros, caballeros… Todavía no he terminado.

—¡Oh!, vamos, Spencer… ¿A qué hablar más? Si Baby se encarga de este caso, nosotros nos vamos a almorzar, completamente convencidos de que no habrá guerra en Saamadia.

—Hace tiempo que no la vemos —rió otro—. Últimamente, se está portando aceptablemente bien, teniendo en cuenta su muy peculiar carácter. A decir verdad, estoy deseando que cometa alguna… de sus asombrosas infracciones, para llamarla a consejo y echarle una reprimenda… y recrearme mirándola.

De nuevo se oyeron risas.

—Bueno —rió también el jefe—. Celebro que todos estén tan convencidos como yo de la eficacia de Baby. Ella, y la señorita Macguillicudy serán toda la protección que tendrá el príncipe, durante el viaje.

—¿La señorita… qué?

—Rita Macguillicudy. Es la institutriz del príncipe… Una joven inglesa que prácticamente se ha pasado la vida en Saamadia. Su mayor virtud es que jamás ha llamado la atención. Nunca ha salido en diarios, revistas… Hace muy poco que el emir Muza la eligió para que enseñase inglés al príncipe, un par de veces a la semana. Su anexión a la comitiva que acompaña al muchacho fue decidida a última hora. Es una dama… ¿cómo diría yo? Seria, austera y no demasiado bonita. Jamás ha llamado la atención. Ella será la acompañante del príncipe en el barco. Y, en la sombra, siempre oculta, tendremos a Baby. Es una buena combinación, que esperamos dé resultado.

—Bien… No sé… Por supuesto, insisto en que si Baby ha tomado el caso, todo está solucionado. Una pregunta: ¿saben los rusos que Baby se encarga de esto?

—Los rusos solamente saben que tienen que hacerse cargo del príncipe en El Havre, Francia, dentro de una semana.

—Ajá… Eso me gusta más. Aunque se haya hecho un pacto, no me haría gracia que los soviéticos supieran que Baby va en ese barco… Corren rumores de que han subido la recompensa por su linda cabeza: van a llegar a los quince millones de rublos. Digamos que no sienten… una gran simpatía por ella.

Hubo de nuevo algunas risas.

—Podemos estar tranquilos sobre eso. Los rusos no tienen la menor idea de quién o quiénes van a acompañar al príncipe…

Capítulo II

—Y esto es todo, camaradas —dijo el directivo de la MVD soviética, dando una chupada a su cigarrillo—. Hemos hecho un pacto con los americanos y vamos a cumplirlo. A nuestra manera, por supuesto.

—¿Quiere eso decir que vamos a jugar sucio, camarada Okof?

—De ninguna manera. Solamente he dicho que cumpliremos la parte que nos corresponde a nuestra manera. Sin juego sucio de ninguna clase, se entiende bien esto. El asunto no es para cometer pequeñas jugarretas de baja estofa, no nos interesa la Tercera Guerra Mundial.

—Tampoco a los americanos.

El directivo asintió con la cabeza. Durante unos segundos, estuvo mirando el humo que subía hacia el techo de la sala de Decisiones Internacionales, mezclándose con el de los otros cigarrillos.

—Tampoco a ellos, evidentemente. Y como a ninguna de las partes nos interesa, ambas jugaremos con absoluta limpieza. Se ha hecho un pacto, y, salvo imponderables, no seremos los rusos quienes faltemos a él. Vamos a jugar completamente limpio —suspiró, mientras una mueca aparecía en sus labios—. ¡Y es una lástima!

—¿Es una lástima jugar limpio?

—Eso he dicho.

—¿Por qué? En un caso de esta importancia…

El camarada Okof acalló con un gesto al camarada Novenko, que se quedó mirándolo con el ceño fruncido. Acto seguido, el camarada Okof fue hacia la pared y quedó junto a un lienzo que cubría algo colgado en ella. Cuando estuvo seguro de que la atención de todos estaba fija en él, descorrió el lienzo. En el acto, hubo un murmullo hosco en la sala, cuando todos vieron lo que había estado ocultando el lienzo: un cuadro, un boceto de gran tamaño, en el que,

simplemente a pincel, se veía, en un lado, la pequeña silueta de una mujer de formas esculturales, en negro. Junto a la silueta, un rostro, también en negro, como una sombra. Un rostro también de mujer, a juzgar por los largos cabellos ondulados. En el centro del rostro, donde debía verse la boca, nariz y ojos, había en tinta o pintura roja, un gran interrogante.

—Me imagino que todos ustedes saben de quién es este retrato. Es todo lo que sabemos: que es una mujer muy hermosa.

Hubo un sordo murmullo casi furioso en la sala. El directivo volvió a sonreír secamente.

—Los altos jefes han decidido aumentar la recompensa por ella: quince millones de rublos. Una barbaridad… Jamás nos habrá costado tanto la cabeza de un agente enemigo.

—Esa recompensa no se pagará nunca —musitó uno de los reunidos—. Ya deberíamos estar convencidos de que es imposible atrapar a la agente Baby. Es astuta, hábil con las armas, puede matar a un hombre sólo con sus manos, su inteligencia es escalofriante… Pero sobre todo, tiene en una abundancia terrible eso que los americanos llaman «suerte».

—La suerte puede terminar cualquier día, camarada Ivanich.

—Pero ella seguirá siendo inteligente, astuta y peligrosa como cien panteras juntas. Ya hemos intentado en muchas ocasiones eliminarla, y…

—Un momento —murmuró otro—. ¿A qué viene esto? ¿Qué tiene que ver la agente Baby con lo que estamos hablando?

El directivo lo miró fijamente.

—Ella acompañará al príncipe Omar Iben Muza.

Hubo una exclamación colectiva, y, enseguida, sonó una voz excitada.

—¿Es seguro eso?

—Lógicamente seguro.

—¿Lógicamente seguro?

—Quiero decir que Estados Unidos y concretamente la CIA, que se arriesga a esa jugada de trasladar al príncipe Omar en un barco de líneas regulares, no va a poner al cuidado de tan interesante personaje a un agente de segundo orden. Ni siquiera de primer orden. Ni de orden preferentísimo… La CIA pondrá al frente de esto a su mejor agente… No olvidemos que el fracaso de esta misión

podría significar una guerra mundial. Por tanto, los americanos van a poner al frente de esto lo mejor que tengan… Camaradas: ¿algunos de ustedes tiene noticias de que la CIA disponga de un agente mejor que Baby?

En el acto, simultáneamente, todas las cabezas se movieron en sentido negativo.

Una voz:

—¿Qué hemos pensado nosotros al respecto?

—Identificar a Baby durante la travesía del *Titania*. A tal fin, también nuestro mejor agente actual va a… tender todas sus redes con tal de conseguirlo.

—Naturalmente, camarada, se está usted refiriendo a Val Angelof.

—Naturalmente. Si hay alguien capaz de conseguir identificar a Baby, ese alguien es el camarada Angelof.

Hubo un cambio de miradas esperanzadas entre los reunidos.

—Bien… Supongamos que Angelof lo consigue, que la identifica… ¿Tiene orden de matarla?

—¡Desde luego que no! Esta vez se trata de una misión ruso-norteamericana en la que el juego limpio será la tónica más relevante. Nada de muertes. Se ha hecho un pacto y va a cumplirse. Ahora bien… Ni siquiera la propia agente Baby podría censurarnos el hecho de que uno de nuestros agentes aprovechase la ocasión para averiguar su nombre, su lugar de residencia y dirección exacta, y, sobre todo, varias fotografías de ella que, más adelante, sirviesen a nuestros agentes de Estados Unidos para localizarla, cercarla y matarla. Jugaremos limpio en este trabajo. Pero… más adelante, dentro de ocho, diez o quince días… Bien, creo que nuestro tesorero puede empezar ya a contar los quince millones de rublos que se ofrecen por la cabeza de la agente Baby. La tendremos aquí, sobre esta mesa, antes de que haya transcurrido un mes. Eso es todo, camaradas.

Capítulo III

—Pero qué hermosísima estoy esta mañana. ¿No está de acuerdo, tío Charlie? ¿Ha visto alguna vez una cabeza más linda que la mía?

—No —gruñó Pitzer—. Pero tenga cuidado con ella, Brigitte. Su cotización ha subido a quince millones de rublos.

Brigitte Montfort, alias *Baby*, la más inteligente, audaz, astuta y divina espía habida y por haber en el mundo entero, dejó de contemplarse en el espejito situado en un lado del fastuoso *living* de su apartamento, en el Crystal Building de la Quinta Avenida neoyorquina. Se volvió hacia Charles Alan Pitzer, aun manteniendo sus largos, hermosos cabellos negros en alto, en un gesto deliciosamente provisto de coquetería. Sus maravillosos ojos azules, grandísimos, se abrieron aún más bajo los efectos de un alegre asombro.

—¿De veras? —exclamó—. ¡Qué amables son los muchachos de la MVD!

—No se lo tome a broma… Los rusos no van a parar hasta tener la cabeza de usted sobre el escritorio de su dirección.

—Sería demostrar demasiado buen gusto en la decoración —sonrió la divina—. Y todos sabemos que los rusos no tienen demasiado buen gusto para esas cosas. Son… estrictamente funcionales. ¿Una mesa? Pues bien, una mesa, unas tablas con cuatro patas y ya está. ¿Es seguro eso del aumento de precio por mi cabeza?

—Así parece.

—Pero qué amables. De veras. Les enviaré una nota de agradecimiento en cuanto tenga oportunidad.

—Déjese de bromas —masculló Pitzer.

—No, no… No es ninguna broma, tío Charlie. Veamos… Puedo enviarles una nota que diga, más o menos: «profundamente conmovida por elegante detalle de aumentar precio por mi cabeza,

agradezco sinceramente nueva cotización de quince millones de rublos, cantidad, sin embargo, que considero todavía insuficiente por mi linda cabecita… ¿No pueden llegar a veinte? Cordiales saludos a mis colegas de acción. Firmado: Baby». ¿Qué le parece?

—No está mal. Espero que no me pida que haga enviar esa nota a la MVD.

—No, no… Yo se la entregaré personalmente al cazador.

—¿A quién?

—Al cazador. Al hombre que envíen a cazarme durante la travesía, quiero decir.

—No diga tonterías. Este asunto es demasiado serio, no habrá juego sucio.

—Lo sé. Juego limpio en cuanto al traslado de ese jovencito árabe. Pero… ¡ah!, querido tío Charlie, ¡cómo deben estar relamiéndose en Moscú pensando que van a tener a Baby nada menos que durante una semana a tiro de cámara! Unas cuantas fotografías, unos cuantos datos, y poco después, ¡zas!, corte de cabeza femenina para enviarla a Rusia.

Pitzer palideció.

—No creo que hagan eso…

—Claro —sonrió Brigitte—. Son bromas mías. ¿Sabe, tío Charlie, que estoy enfadadísima con usted?

—¿Conmigo? ¿Qué le he hecho ahora? —exclamó Pitzer.

—Una nunca se cansa de aprender. Debí pedir su ficha en la Central y leerla de cabo a rabo… ¿Por qué nunca me dijo que usted tenía la Medalla de Honor del Congreso?

Charles Pitzer enrojeció.

—¡Oh!, bueno… No sé… Eso fue hace tanto tiempo…

—¡Vaya respuesta tonta! ¿Acaso porque yo nací hace ya muchísimo tiempo voy a olvidar que nací?

—Oiga, usted me… me aturde con esas salidas en la conversación… Qué demonios, además, usted no es tan vieja… ¿Cuántos ha cumplido? ¿Veinticuatro?

—¡Tío Charlie! —exclamó la espía—. ¡Acaba usted de decirme lo más agradable en todo el tiempo que nos conocemos! ¡Se ha ganado un magnífico beso!

Brigitte se sentó en el sofá, junto a Pitzer, con gran revoloteo de su espectacular *deshabillée*, le echó los bracitos al cuello, y, antes de

que su jefe pudiera reaccionar, lo besó en la boca.

—¡Muuuuuá…! ¡Por simpático! ¡Y éste por guapo y éste por valiente…! ¡Muá, muá, muá…! ¡Oh!, ¡y qué orgullosa estoy de usted, tío Charlie! ¿Sabe?, yo creía que no era más que un viejo gruñón, que siempre trabajaba en la sombra, frío como un témpano, calculador, egoísta, sin arriesgar nunca nada… ¡Y resulta que tiene hace años la Medalla de Honor del Congreso! ¡Qué mala he sido! ¡Y qué guapísimo es mi tío Charlie, qué valiente, qué bizarro…! ¡Otro besito!

—¡Mmmmmmmuá!

Se separó de él y se quedó mirándolo, sonriente. Pitzer quedó sofocado, respirando jadeante y unas finas gotitas de sudor aparecieron en su frente. Tardó casi un cuarto de minuto en reaccionar.

—Po… po… por el… amor de Dios, Brigitte… ¡No vuelva a hacer eso!

—¿Le causó repugnancia? —Hizo un mohín la divina.

—¡Repugnancia! —aulló Pitzer—. ¡Usted siempre está burlándose de mí, y empiezo a estar harto…!

—Pero tío Charlie, no… De veras. Le admiro, le quiero…

—¡Menos pitorreo! ¡Si yo tengo una medalla, usted tiene otra y merecería tener cien! ¡De modo que no me tome el pelo…! ¡Y hablemos en serio!

—Pero hombre, no se ponga así.

—¡Me pongo como me da la gana! ¡Y haga el favor de escucharme, que a eso ha venido! ¿Está claro?

—Soy toda orejitas —rió Brigitte—. ¿Ya no quiere más besitos?

—¡Si quiere besarme, tendrá que ser bajo mis condiciones!

—Hum… Huy, huy… Será mejor que dejemos el asunto. ¡Es usted un pícaro, tío Charlie!

—¡Yo no soy un pícaro! ¡Soy un hombre de carne y hueso…! ¡Y además soy su jefe en el sector de Nueva York! ¡De modo que…!

—De modo que si sigue gritando así, los vecinos van a enterarse de que soy una espía.

Pitzer se mordió los labios y bajó la voz.

—Está bien —susurró—. Como le iba diciendo, ese muchacho tiene que llegar sano y salvo a El Havre, donde… ¡Por todos los demonios! ¿Por qué hablo así, si todo su apartamento está

insonorizado?

—Pues no sé… Pero prefiero sus susurros a sus gritos.

—¡Grrr…! —rugió Pitzer—. Bueno, como le decía…

—¡Oh!, vamos, tío Charlie, ¡ya me lo ha explicado! ¿Desde cuándo hay que repetirle las instrucciones a Baby?

Pitzer soltó un bufido y finalmente suspiró, derrotado.

—De acuerdo. Tiene los pasajes, la dirección de esa casa de Boston, todos los datos. Vaya pensando en un sistema para llevar a ese muchacho y a su institutriz al barco, desde Boston a los muelles de Nueva York.

—Ya está pensado.

—¿Ya está pen…? ¡Pero si acabo de explicarle el asunto!

—Lo sé. Sin embargo, ya está pensado todo.

—¡Por todos los…! ¿Cómo lo hará?

—Entiendo que soy la única guardaespaldas de ese jovencito y que tengo carta blanca.

—Desde hace tiempo, usted tiene siempre carta blanca, ¿no? —refunfuñó Pitzer.

—Lo cual prueba que los señores de la Central, finalmente, han llegado a conocerme. De acuerdo, tío Charlie, le enviaré una postal cuando llegue a El Havre.

—Pe… pe… pero yo… yo debería saber… ¡Solamente le he dado los pasajes y le he dicho que el barco es el *Titania*, y que sale mañana a las ocho de la mañana…!

—Es suficiente. ¿Tiene noticias de su amigo Carmody, el otro valeroso caballero?

—Me llamó por teléfono, sí… Aún no han salido de su asombro, él y su esposa. Me preguntó…

—¿Sí?

—Bueno, aparte de decirme que le insistiera a usted para que trabaje en el cine con él, me preguntó qué… qué clase de mujer es usted.

—¡Oh! ¿Y usted qué le contestó?

—Le dije que yo todavía no había conseguido averiguarlo.

—¡Por Dios…! ¡Es usted un desconsiderado, Charlie…! Debió decirle que yo era una mujer bellísima, exquisita, inteligente, amable, cariñosa incluso, sensacional, inigualable… ¿O no?

—Bueno… Eso ya pudo comprobarlo él.

—Santo cielo, usted está maravilloso hoy, menos esos gritos de antes y su grotesca respuesta. Adiós, tío Charlie.

—¿A… adiós?

—Sí, Usted se va y yo empiezo a preparar mi próxima misión. *¿Okay?*

—Claro. Sí, naturalmente. Bien, Brigitte, piense en lo que le he dicho. Los rusos no dejarán pasar esta oportunidad. Tienen que haber comprendido que esto lo dirigirá Baby, de modo que…

—De modo que, como es costumbre en ellos cuando intentan molestarme, saldrán del asunto con un palmo de narices. Bueno, vamos cada uno a lo nuestro. ¡Un momento! —Brigitte miró severamente a Pitzer—. Supongo que me habrá usted instalado en lo más lujoso de ese transatlántico, tío Charlie.

—Claro. Su camarote está junto al del príncipe. Al otro lado está el de la señorita Macguillicudy, la institutriz.

—De acuerdo. Le acompañaré a la puerta.

Poco después, todavía sonriendo, Brigitte Montfort regresaba al *living*. Pero su sonrisa desapareció pronto. Se sentó en el sofá, pensativa… y preocupada. La misión no era una tontería, precisamente, aunque ella no hubiese querido darle importancia delante de Pitzer. No. No era ninguna tontería.

Pero, en fin, si le habían dicho que tenía que llevar al príncipe Omar Iben Muza sano y salvo a El Havre, pues… lo llevaría.

Naturalmente.

Y a ver quién era capaz de impedírselo.

Capítulo IV

El hombre se deslizaba sigilosamente en la oscuridad de la noche, por entre los arbustos, como una sombra en el tupido jardín de aquella seria y hermosa mansión en las afueras de Boston. Por fin, llegó lo bastante cerca para ver al primero de los guardianes, el que estaba delante de la puerta de entrada. Un tipo alto, de hombros anchos. Un par de minutos más tarde, vio al otro, no sin dificultades, pues se confundía con un macizo de flores.

Rodeó la casa, hacia la puerta izquierda, donde estaba la terraza que daba al jardín. Y allá, en el extremo de la terraza, vio todavía a un tercer hombre. Igual que los otros, alto, recio, atento. Unas finas gotitas de sudor perlaban la frente del sigiloso intruso, pero la pistola permanecía firme en su mano y en su boca había un gesto resuelto, de absoluta decisión.

Finalmente, llegó tan cerca de la piscina que sólo unas matas de blancas flores lo separaban del borde. Estuvo unos segundos mirando a todos lados, especialmente al atlético vigilante del otro extremo de la terraza. Por último, aprovechando la luz que llegaba allí desde las amplias puertaventanas protegidas con blancas cortinas, miró su reloj, con cierta impaciencia. Frunció el ceño, se incorporó y quedó detrás del grueso plátano, algunas de cuyas hojas habían caído ya, anunciando el otoño. Un inconveniente, porque si no se movía con mucho cuidado, podía hacerlas crujir bajo sus pies. Pero no. Ya había sido suficientemente cauteloso, estaba seguro. Y además, se sentía orgulloso de su sigilo, seguro que no había nadie que pudiera caminar tan silenciosamente como él sobre aquellas hojas. Seguro…

Algo brillante pasó de pronto por delante de sus ojos, y, en el acto, el hombre sintió en su garganta como una cuchillada brusca, seca, fortísima. Emitió un ronco gemido y quiso volverse para dirigir la pistola hacia su espalda.

—Quieto —susurró una voz junto a su oído—. Quieto o muere.

Era una voz suave, como seda rozando con terciopelo. Pero el hombre debió captar, que, al mismo tiempo, las palabras pronunciadas tan bellamente no eran ninguna broma. Debió comprenderlo así, pero no. Lo que hizo fue un nuevo intento para volverse, empezando a torcer el brazo hacia atrás, dispuesto a disparar. Inmediatamente, el fino alambre que apretaba su garganta aumentó la presión y la voz de terciopelo volvió a oírse:

—Suéltela… Deje caer la pistola.

Un ronco sonido brotaba de la boca del intruso atrapado. La estrangulación se estaba produciendo lentamente, muy bien controlada. Tan expertamente controlada y tan segura al mismo tiempo, que también esto debió ser revelador para el intruso.

Debía ser un hombre muy terco, o, quizá, consideraba que no debía asustarse por las amenazas de una mujer. Quizá fuese eso. De modo que insistió en volverse, moviendo bruscamente el brazo, para disparar por encima del hombro. Notó entonces el fortísimo tirón en la garganta, mientras era atraído hacia atrás irresistiblemente. Cayó de espaldas sobre la persona que lo estaba estrangulando, quien a su vez había caído de espaldas sobre la hojarasca, para, en el acto, pasar sus piernas por la cintura y hacia las ingles del hombre, efectuando así una indestructible inmovilización de judo para estrangulamiento.

Plop.

Plop.

Los dos disparos efectuados por el hombre sonaron como leves chasquidos en el silencio del jardín. Las balas fueron una hacia el cielo y otra por encima de la casa, de tejado de pizarra oscura.

—Por última vez, suéltela —jadeó la voz femenina.

El hombre intentó una vez más desprenderse de aquella fiera que alentaba en su espalda. Lo intentó con todas sus fuerzas, torciendo de nuevo el brazo para disparar hacia atrás.

Plop.

La tercera bala se clavó en la tierra, muy cerca de ambos, y, animado por este relativo éxito, el intruso intentó de nuevo el disparo por encima del hombro.

Ya no hubo más avisos, el alambre de acero acabó de hundirse en su garganta, con brusco tirón y en el acto, los ojos del hombre se

llenaron de una oscuridad mucho más densa que la de la noche. La oscuridad total, la oscuridad de la muerte, que estaba llegando rápidamente.

—Aaaaggg…

El ronco gemido se cortó enseguida. Durante unos segundos, los desorbitados ojos del hombre parecieron quedar fijos en las estrellas, mientras su boca abierta mostraba la lengua saliente, que comenzaba a hincharse de un modo increíble y repugnante. El hombre pareció saltar, de pronto. Simplemente, fue echado a un lado por la persona que tenía debajo y ésta se puso en pie, lentamente, mirando a todos lados. En la oscuridad, se veía el blanco de sus ojos y el brillo de las estrellas en las pupilas. Unas pupilas grandes, que parecían de felino.

Ni una sola hoja crujió cuando los pequeños pies se deslizaron entre ellas. Una delicada manita brilló un instante, recogiendo algo del suelo. Un maletín.

Luego, siempre en silencio, la vencedora de aquella sorda y trágica pelea, se dirigió hacia la terraza, por el extremo opuesto. Llegó al borde de los macizos de flores y apareció de pronto de lleno a la matizada luz de la casa, arrastrando un poco los pies. En el acto, el hombre que estaba allí de vigilancia, se volvió hacia aquella parte, mientras su mano derecha sacaba de un tirón la pistola de la funda de la axila, con hábil gesto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz crispada.

La sombra se concretó ante él, muy cerca de pronto, forzando al vigilante a soltar un fuerte respingo. La voz femenina anunció:

—La espía más bella del mundo.

—¡No se mueva de ahí y levante las manos!

La recién llegada obedeció. Quedó claramente visible la forma de su maletín, suspendido de una de sus manitas. El vigilante se acercó, y, a la difusa luz, la contempló durante unos segundos. Captó la sonrisa femenina, la grandiosidad de aquellos ojos brillantes.

—¿Baby? —sonrió al fin.

—Buenas noches, Simón. Tengo un regalo para usted.

—¿Un regalo?

—Está entre esas matas —señaló Baby, bajando un dedito hacia el lugar—. Al otro lado de la piscina.

—¿Qué clase de regalo?

—Un hombre muerto. ¿Quiere ir a buscarlo, por favor, Simón?

El agente de la CIA, Sección Seguridad, se pasó la lengua por los labios. De pronto, sacó una pequeña radio de bolsillo, la accionó y dijo enseguida:

—Ella ha llegado. En la terraza de la piscina.

Guardó la radio y la pistola y se dirigió hacia la piscina. La bordeó y desapareció entre los arbustos de flores del otro lado. Mientras tanto, otro hombre llegaba procedente del frente de la casa, caminando apresuradamente. Y al mismo tiempo, la puertaventana de la terraza se abría y una mujer aparecía en ella, caminando hacia los escalones de rojos ladrillos. Se detuvo de pronto al ver al hombre que se acercaba por su izquierda y justo entonces oyó la voz:

—Buenas noches, señorita Macguillicudy.

La mujer se volvió, respingando, hacia el borde de la terraza. Se quedó mirando, con los ojos muy abiertos, a la muchacha de largos cabellos negros que la contemplaba con amistosa sonrisa. Llevaba un vestido negro de punto, eso era todo. Perfecto para no destacar eh la oscuridad.

—¿Qué…? ¿Quién… quién es usted…?

En aquel momento, el hombre procedente de la parte frontal de la casa llegaba junto a ellas. Miró a Rita Macguillicudy con el ceño fruncido, pero enseguida dedicó su atención, y una amplia sonrisa, a la también sonriente Brigitte.

—La estábamos esperando —dijo—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Bueno por corto, gracias por su interés, Simón. ¿Todo va bien por aquí?

—Hasta ahora sí. ¿Y Ste… Simón, mi compañero de aquí?

Baby señaló hacia el otro lado de la piscina, por donde aparecía entonces el otro agente, llevando en los hombros un cuerpo flácido. Durante unos segundos, los tres estuvieron en silencio, contemplando cómo las manos del cadáver se movían a cada paso del hombre que lo transportaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al fin Simón.

—Cuando llegué, pensé que sería buena idea convencerme de que su sistema de seguridad era bueno. Y parece que no.

—Ese hombre no habría podido entrar en la casa.

—Seguramente. Pero sí estaba lo bastante cerca para lanzar contra determinada ventana una granada, ¿no cree? O para disparar contra la señorita Macguillicudy, que ha cometido la imprudencia de salir a respirar aire fresco.

Simón miró hoscamente a la institutriz.

—Le dije bien claramente a la señorita Macguillicudy que ni ella ni el príncipe debían salir de la casa, ni colocarse delante de las ventanas.

Brigitte miró amablemente a la institutriz.

—¿Se da cuenta, señorita Macguillicudy? No ha debido salir.

—Yo… yo… yo… yo… sólo quería… Como es de noche, pensé que… que no había peligro…

—Qué barbaridad —masculló Simón.

El otro llegó cargado con el cadáver y miró a Brigitte.

—¿Dónde dejo el paquete? —preguntó.

—¿Está el príncipe arriba, durmiendo? —preguntó Baby.

—Sí. Ya… ya hace rato —murmuró Rita Macguillicudy.

—Entonces, lleve el paquete adentro, Simón —sonrió la espía—. Vamos a ver si sacamos algo en claro de su personalidad.

—Sacaríamos más cosas en claro si estuviese vivo.

—Lo sé. Pero si este hombre estuviese vivo ahora, significaría que la muerta sería yo. Lo intenté, pero era muy terco. Vamos adentro, señorita Macguillicudy.

La tomó de un brazo y entraron las dos en primer lugar. El agente cargado con el cadáver las siguió, mientras el otro, por la radio de bolsillo, impartía órdenes en el sentido de extremar las precauciones, avisando de la infiltración de un hombre en los jardines.

Dentro del gran *living*, y a plena luz, Brigitte contemplaba con amable gesto a la aterrada institutriz, que parecía hipnotizada contemplando el cadáver. Se dominaba bastante bien, pero había un leve temblor en sus manos y estaba intensamente pálida.

—Tranquilícese —murmuró Brigitte—. A partir de este momento, usted y el príncipe pueden considerarse definitivamente a salvo. ¿No es cierto, Simón?

—Yo diría que sí —sonrió el agente—. Demonios, me estaba muriendo de ganas de fumar. ¿Puedo hacerlo ahora, antes de volver ahí fuera?

—Sólo un cigarrillo, Simón.

Rita Macguillicudy miraba de uno a otra, con expresión de espanto. Era una mujer de algo más de treinta y cinco años, mediana estatura, delgada y caderas prácticamente rectas. Llevaba unos lentes de cristales redondos, parecía que no se había maquillado en su vida y recogía los cabellos castaños en un austero moño sobre la nuca. Con sus pequeños ojos grises, su aspecto casi masculino, sus zapatones, su boca fina y prieta y los lentes redondos, no resultaba precisamente una chica tentadora. Parecía una estampa clásica de la seria, severa y carente del sentido del humor, institutriz inglesa.

—Le aseguro que no somos monstruos —sonrió Brigitte—. Sólo estamos haciendo nuestro trabajo, señorita Macguillicudy.

Ésta la miró espantada.

—¡Oh!, yo… yo no estaba pensando eso, no…

—¿No? Pues tanto mejor. Simón, dele un cigarrillo, a ver si se tranquiliza un poco.

Rita Macguillicudy alzó la barbilla con seco gesto y sus labios se apretaron.

—Yo no fumo —dijo severamente.

—Pues yo sí —sonrió Brigitte, encendió un cigarrillo y miró al hombre muerto, al cual estaba ya registrando el Simón que había entrado tras dar órdenes por la radio—. ¿Algo interesante, Simón?

—Psé. Supongo que se ha dado ya cuenta de que este hombre es árabe. Y aquí tenemos su documentación. Mustafá Dirama —alzó la cabeza y sonrió secamente—. De Saamadia, por supuesto. Veamos… Dinero nuestro, cigarrillos… Lo corriente. La pistola es rusa.

—¡Bah! —sonrió Brigitte—. Hay cientos, miles de pistolas rusas y norteamericanas en todo el mundo. Eso no significa nada.

—Así lo supongo. ¡Vaya! —Simón lanzó un silbido después de echar un vistazo a un papel rectangular, extraído de la billetera del tal Mustafá Dirama—. ¡Esto sí es interesante!

Tendió el papel rectangular a Brigitte, que lo miró y sonrió secamente.

—Un cheque al portador contra un Banco suizo, por cien mil dólares.

—Bella cantidad —sonrió también Simón I, echando humo por todos lados—. Demonios, a eso le llamo yo tener buenas tarifas.

¿Qué tal si nos quedamos con ese dinero y nos lo repartimos?

—Vuelva fuera —sonrió Brigitte—. Y aunque nos vamos a ir muy pronto de aquí, no se descuide.

—¿Nos vamos a ir de aquí… ya? —musitó la institutriz.

—Desde luego. Ya venía dispuesta a trasladarlos a ustedes, y ahora hay que hacerlo con más motivos, puesto que los tienen localizados. ¿Tiene todo el equipaje a punto, señorita Macguillicudy?

—Sí… Sí, desde luego…

—Simón la ayudará a llevarlo al coche. Despierte al príncipe y prepárense ambos para partir dentro de diez minutos.

—Pe… pero… ¿adónde iremos? El *Titania* no sale hasta mañana a las ocho…

—No se preocupe por esos detalles, que corren de mi cuenta.

La institutriz miró a Simón, como esperando que éste revocara la orden de la bella espía, pero, naturalmente, eso no sucedió. Por el contrario, el agente de seguridad tenía la expresión de quien considera que todo lo malo ha quedado atrás.

—Bien… Despertaré a Su Alteza…

—Yo me ocuparé del equipaje —dijo Simón, y se fue detrás de Rita Macguillicudy, tras guiñarle un ojo a Brigitte, que le devolvió picara, graciosamente, el gesto.

Diez minutos más tarde, la señorita Macguillicudy reaparecía en el *living*, acompañada del soñoliento Omar Iben Muza, cuyos grandes ojos oscuros quedaron, admirativamente fijos en la espía, que parecía no darse cuenta de su presencia. Estaba sentada en un sillón, con un cigarrillo consumiéndose sin ser fumado entre sus deditos, fija la azul mirada en el cadáver de Mustafá Dirama. Rita Macguillicudy carraspeó y Brigitte alzó la cabeza, lentamente. Sonrió al ver al guapo muchacho de doce años, bellas facciones y cabellos ensortijados que la miraba tan fijamente. Se puso en pie y caminó hacia ellos. Efectuó una leve y graciosa inclinación de cabeza, siempre sonriendo.

—Lamento haberle despertado, Alteza.

—Eso no importa, si sirve para llegar antes a mi país, señorita.

—Agradecida. Bueno, temo que no será posible… llegar demasiado pronto. Hemos considerado que un avión sería peligroso, así que tendremos que viajar en barco.

—Estoy al corriente de eso por medio de la señorita Macguillicudy. ¿Quién es usted?

—Pues… Digamos que soy… su escolta personal, Alteza.

Omar Iben Muza parpadeó.

—¿Usted sola?

—Así es, Alteza. ¿Eso le causa temor, quizá?

El muchacho alzó orgullosamente la barbilla.

—A mí no me causa temor nada, señorita.

—Magnífico. Creo…

—Pero a mí, sí —cortó la institutriz—. No creo que una muchacha como usted sea la escolta adecuada. Teniendo en cuenta…

—Señorita Macguillicudy. Su Alteza va a viajar conmigo tan seguro como si ya estuviese en su palacio de Saaman. Puedo garantizarle que estaré tan cerca de él en todo momento que para atentar contra su vida tendrán que pasar por encima de mi cadáver. ¿Está claro?

—No sé… Yo… yo pensaba que si nos han encontrado aquí, sabrán también que viajaremos en el *Titania*.

—Ya me he dado cuenta de que los enemigos del príncipe saben muchas cosas. Pero eso no importa. En primer lugar, vamos a ir ahora a un lugar donde a usted y al príncipe les harán pasaportes nuevos. En segundo lugar, yo jamás he fallado en una misión.

—No… no he querido molestarla —intentó sonreír conciliadoramente Rita Macguillicudy—. Mi intención… Bueno…

Brigitte dejó de contemplar los dos dientes de oro que la institutriz había dejado ver en su intento de sonrisa; al mismo tiempo prácticamente, veía la verruga que la inglesa tenía en un lado del cuello. No era precisamente bonita, desde luego.

—Comprendo cuál es su intención, señorita Macguillicudy —dijo con tono amable—. Pero insisto en que no debe preocuparse ya más por la seguridad de Su Alteza, que queda bajo mi directa protección. Entre eso y el cambio de nombre, todo irá bien. Su Alteza se llamará mañana, al abordar el *Titania*, Pepito Fernández, natural de Cádiz, España. Puede pasar muy bien por un muchacho español del Sur. Todo está previsto, se lo aseguro.

—Bien… ¿Y yo?

—¿Usted?

—Quiero decir que… que cómo me llamaré yo… Porque si yo no cambio de nombre…

—¡Oh!, por supuesto… Naturalmente que he pensado también en eso. Usted se llamará Hortense Lamb, británica, porque, realmente, intentar hacerla pasar por una mujer española me parece que sería llevar las cosas demasiado lejos. Bien —miró su reloj—. Creo que mis amigos de Nueva York deben tener listos los pasaportes. Solamente falta colocar las fotografías en ellos, así que vamos a fotografiarnos. ¿De acuerdo, Alteza?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el muchacho.

—¿El mío? Bien… Su Alteza puede llamarme de aquí en adelante «señorita Paz», si le parece bien.

—¿*Miss* Paz?

—Sí —rió Baby—. Eso es. Bien, ¿en marcha?

Capítulo V

A las ocho en punto de la mañana siguiente, el *Titania* zarpó rumbo a Europa. Y posiblemente, el joven Pepito Fernández y su acompañante, la señorita Hortense Lamb, fueron los dos únicos pasajeros que no estaban en cubierta cuando el barco pasaba cerca relativamente de la estatua de La Libertad, recibiendo el alegre adiós de cientos de pañuelos que se agitaban hacia ella, perdidos ya de vista los familiares y amigos del muelle.

Posiblemente también, la señorita Lamb y el joven Pepito fueron los dos únicos pasajeros que, durante los tres primeros días de travesía, no salieron prácticamente de sus respectivos camarotes, ni siquiera para las comidas, que se hacían llevar al camarote del joven Pepito, donde se pasaban el día leyendo, oyendo la música del barco, charlando de exóticos lugares del mundo o viendo la televisión de circuito cerrado del *Titania*.

Hasta que, por fin, por la tarde del cuarto día, la señorita Lamb cerró el libro en el que estaba leyendo en español al absorto e interesado Pepito, que la miró vivamente de pronto.

—¿Qué pasa? —se desilusionó.

—Nada importante, Pepito —la señorita Lamb se quitó los lentes y limpió cuidadosamente los cristales con un delicadísimo pañuelito de encaje—. Solamente que empiezo a sentir deseos de dar un paseo por el barco.

—¡Oh!, sí… Lo comprendo. A mí también me gustaría.

—Sin embargo, eso no puede ser.

—Yo diría que estamos tomando demasiadas precauciones, señorita Lamb. Llevamos casi cuatro días de viaje y nada ha ocurrido.

—Sí… Es un viaje tranquilo. ¿Te gusta llamarte Pepito?

—No mucho —sonrió el muchacho—. Pero me gusta oírla leer en español. Ya voy entendiendo muchas cosas.

—Pero no las suficientes para poder pasar por español… No olvides que si alguien te habla, aunque sea el camarero que viene a servirnos las comidas, debes responder siempre en inglés. Siempre. No importa lo que te digan. Si hay que dar una explicación, yo lo haré.

—¿Qué explicación? ¿La de que mis padres quieren que sepa inglés muy pronto y que sólo debo hablar en ese idioma?

—Exactamente. Bien… Me parece que voy a salir unos minutos…

—¿Puedo salir yo también?

—De ninguna manera. Te quedarás aquí, bien cerrada la puerta y no abrirás a nadie. Como si no estuvieses. Pero si de todos modos alguien consiguiera entrar, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Me gustaría dar un paseo…

—Lo siento de veras. Volveré lo más pronto posible.

—Es usted una egoísta —susurró el muchacho.

Hortense Lamb, ya dirigiéndose hacia la puerta, se volvió y miró sonriente al muchacho, mostrando sus dos dientes de oro.

—Sin duda alguna —admitió.

Salió al pasillo, esperó a oír el giro de la cerradura movida por dentro del muchacho y entonces se alejó hacia la subida a la cubierta principal, balanceando su negro paraguas. Parecía un soldado agitando su fusil, firmes los pasos, seca la expresión de su rostro, como desaprobándolo todo. Ascendió a la cubierta y se estremeció al notar el frío del aire libre. Apenas eran las cinco de la tarde, pero ya casi parecía de noche. El cielo estaba cubierto de grises nubarrones, como si ya jamás pudiera volver a ser visto. Alrededor del barco, encrespadas olas de blanca corona nacían y morían continuamente.

«¡Brrr…! —pensó la señorita Lamb—. No vale la pena estar aquí, ciertamente».

Se metió en la galería encristalada provista de sillones extensibles, donde algunas personas leían apaciblemente, otras contemplaban el mar a lo lejos y otras conversaban en tono quedo. Cuando se dirigió hacia el bar, algunas miradas quedaron prendidas en ella y hubo algunas sonrisillas entre divertidas y conmiserativas. Pero, pisando firme con sus gruesos zapatones, la institutriz continuó su camino, ajena a todo al parecer. Ya debía estar

acostumbrada a ser fea, tener una verruga en el cuello, dientes de oro y piernas que, ciertamente, no merecían una segunda mirada. Por si esto fuera poco, con su gesto casi hostil, era poco probable que nadie se molestara en acercarse a ella.

Entró en el bar, situado a popa de la cubierta principal y fue directa hacia el mirador encristalado. Ocupó una mesita junto a los cristales y durante unos segundos estuvo contemplando la ancha raya blanca que el *Titania* iba dejando a su paso.

—¿Señorita?

Hortense Lamb miró al camarero, parpadeó y musitó:

—Té, por favor. Solo.

—Enseguida.

Algunos de los ocupantes del bar la habían mirado al entrar, pero se desentendieron pronto de ella y continuaron con sus cosas. En el mostrador había un ruidoso grupo de jóvenes, que reían alegremente, tomando «Coca-Cola» y cosas parecidas. Unos jóvenes formidables, sanos, divertidos, apuestos, pero que merecieron una reprobativa mirada de la institutriz, que se dedicó de nuevo a mirar el mar.

Poco después, el camarero le sirvió el té y ella miró su relojito. Ajá: las cinco en punto: *time o'clock tea*. Bebió un sorbito, mientras su mirada volvía hacia el bar. En aquel momento, entraba en éste un hombre que, durante un instante, pareció dejar petrificada a la señorita Lamb, de más de seis pies de alto, rubio, ojos azules, rostro simpático, lleno de pecas, boca grande, de labios finos que parecían estar sonriendo en todo momento, barbilla recia. Alto, grande, fuerte como una torre de viguetas de hierro, con aquellos hombros anchísimos, las manos tan grandes, la cintura breve y su atuendo impecable de tarde, podía dejar con la boca abierta de admiración a la mismísima Esfinge de Egipto. Nadie dejó de mirarlo, sobre todo las mujeres y hasta las jovencitas del mostrador hicieron un comentario entre ellas que pareció enfurruñar un tanto a sus jóvenes acompañantes.

El descomunal, bello y simpático sujeto pecoso fue directo hacia una mesita cercana a la de Hortense Lamb, la miró, le sonrió como si la conociera y se sentó, siempre sonriendo. Llevaba un gran block que dejó sobre la mesa. Se frotó las manos, sacó un par de lápices de un bolsillo interior de la chaqueta y miró con enorme

satisfacción hacia el mar.

Cuando el camarero se le acercó, estaba ya trazando rápidas líneas sobre una hoja de block.

La señorita Lamb oyó perfectamente su pedido:

—*Pernod avec des glaçons. Ne pas de l'eau, garçon.*

—*Oui, monsieur.*

El camarero se alejó y el fantástico personaje rubio se puso a silbar, volviendo a dedicar su atención al mar y al block, según parecía. De pronto, alzó la cabeza, captó la severa mirada de Hortense Lamb, y dejó de silbar, quedando con el lápiz en alto.

—*Pardon* —musitó.

Se quedó mirándola amablemente, pero la señorita Lamb volvió la cabeza, mirando también hacia el mar. El camarero llegó con el «Pernod» con hielo. No con agua, con hielo, tal como lo había pedido el pasmoso personaje.

—Merci.

Bebió un sorbito, miró de nuevo a la señorita Lamb, miró lo que había estado dibujando hasta entonces, y frunció el ceño. Con gesto resuelto, pasó aquella hoja, dejando otra en blanco ante él. Comenzó a mover el lápiz, a una velocidad pasmosa, dirigiendo frecuentes miradas a Hortense Lamb, que, aparentemente, lo ignoraba, fija toda su atención en la blanca raya de espuma marina. Era una pena que ya fuese octubre. Aquel mismo viaje, hecho en verano, habría sido una maravilla.

—*Madame…*

La señorita Lamb volvió vivamente la cabeza al oír tan cerca la voz. Se quedó mirando, como sobresaltada, al enorme personaje, que parecía proyectarse hacia el techo. Había en su bocaza una sonrisa de simpatía irresistible.

—¿Qué… qué desea…? —preguntó en inglés.

—Oh, inglesa, claro… Me lo pareció… —hablaba en inglés perfectamente, aunque con un cierto tono francés—. Ejem… ¿Me aceptaría usted un obsequio, señora?

Hortense frunció severamente el ceño.

—Señorita —aclaró—. Y no acepto obsequios de nadie, señor.

—Perdón… Bueno, no es un obsequio importante.

—No acepto ninguna clase de obsequios. Haga el favor de retirarse.

Pareció que el altísimo atleta se sonrojaba. Quedó sobre un pie, luego sobre el otro.

—Bien. Perdón de nuevo. Yo he… he hecho esto varias veces durante estos días de navegación, y… y me pareció que las demás personas aceptaban con agrado mi obsequio. Lamento mucho haberla molestado.

Arrancó la hoja del block, la dejó sobre la mesa, dio media vuelta y se alejó, saliendo rápidamente del bar. Cinco minutos más tarde, la señorita Lamb se puso en pie, y el camarero se acercó a ella, mirándola con cierta acritud.

—¿Desea algo más, señorita?

—Solamente pagar.

Preguntó qué debía, pagó exactamente lo justo, y se dispuso a marcharse.

—¿No se lleva el retrato, señorita? —Casi gruñó el camarero.

—¿El qué?

—El retrato —le dio la vuelta a la hoja, mostrando la parte donde el gigante había estado trazando rayas—. Si no lo quiere se lo devolveré yo mismo al señor Laverne.

Hortense Lamb estaba contemplando, con expresión incrédula, su propio retrato. Hecho con unas pocas líneas, pero de una perfección y expresividad admirables. Allá estaba ella, de medio perfil, con la mirada fija a lo lejos, en el mar, la boca prieta en un gesto antipático, inevitablemente. Se sonrojó, de pronto.

—Es… es magnífico —tartamudeó.

—Sin duda. El señor Laverne ha hecho bastantes durante estos días. A decir verdad, hay muchas personas que están deseando ser objeto de su atención. Yo diría que es un delicado obsequio, señorita.

—Sí… Sí, desde luego… Yo pensé… creí… Oh, no sé…

—El señor Laverne se ha marchado muy abochornado. Ya sé que no es cuenta mía, pero…

—Lo… lo siento tanto… No podía saber… Bueno, como él es tan… tan… Me pareció que…

El camarero casi sonrió irónicamente.

—Es un caballero muy amable y correcto, se lo aseguro. Un auténtico artista.

—Sí, sí… Bueno, creo… creo que voy a quedarme con el retrato

—suspiró—. ¿Sabe usted cuál es el camarote del señor Laverne?

—El K. En lujo, naturalmente.

—Sí… Gracias.

Tomó la hoja del block, y salió del bar, seguida por miradas que reflejaban escasa simpatía, por no decir ninguna. Poco después, la señorita Lamb se detenía ante la puerta del camarote K, y llamaba tímidamente. La puerta se abrió casi en el acto, y Laverne quedó en el umbral, con un cigarrillo en los labios, en mangas de camisa. Se quitó rápidamente el cigarrillo, y pareció molesto por estar sin chaqueta. Sus inteligentes ojos azules quedaron fijos en Hortense, expectantes.

—Señor Laverne, yo… Bueno… Quisiera decirle…

—¿Sí?

—Le pido perdón. Me gustaría quedarme con el retrato…

El rostro de Laverne se iluminó en un gesto casi infantil.

—¿Le ha gustado?

—¡Oh, sí! ¡Muchísimo, de veras!

—En tal caso —el francés alzó una mano—, está usted perdonada. Paz.

—Oh… ¡Oh, sí, paz…! Ha sido usted… muy amable y gentil, señor Laverne…

—Observo que sabe mi nombre.

Hortense Lamb enrojeció.

—Yo… El camarero… Bueno, yo no lo pregunté, pero…

—Entiendo —sonrió Laverne—. Esto… Ejem… Yo no sé su nombre…

—Oh… Hortense Lamb.

—Hortense… Es un nombre muy bonito. Adecuado para usted, desde luego.

La señorita Lamb enrojeció intensamente.

—¿Adecuado… para mí?

—No irá a decirme que usted ignora que es bonita.

—¿Yo? —exclamó la institutriz.

—Claro. Bueno, quizá la estoy molestando de nuevo. La verdad es que no suelo decir estas cosas… Soy más bien tímido, se lo aseguro, pero… No sé… Usted se ve tan apacible… quiero decir que… que es la clase de chica con la que sí me atrevo a hablar… Bueno…

Atónita, la señorita Lamb pudo parpadear, al fin.

—¿Se está burlando de mí, señor Laverne? —musitó.

—¡No, no…! *Mon Dieu…*! ¿Cómo se le ha ocurrido semejante cosa?

—Pues es que tengo espejos, señor Laverne, y la imagen que veo en ellos de mi misma difiere un poco de su… amable opinión.

—Oh, sí, entiendo… Bueno, realmente, tal como va usted vestida, y sin cuidarse como debiera… Quiero decir —enrojeció— que… que no saca usted partido de… de su… Bueno…

—¿Quizá me está sugiriendo que me ponga minifalda?

—No, no —Laverne tragó saliva—. Temo que no me estoy explicando bien, señorita Lamb. Lo que quería decir es que si usted fuese menos… menos seria en el vestir, y… y se pintase un poco… Bueno, ya sabe, un poco de maquillaje, y cosas así, y… y se peinase de otro modo, o… Bueno, yo… *Mon Dieu…* —Laverne estaba sobrecogido, como asustado de sí mismo—. Me… parece que estoy metiendo la pata hasta el cuello, ¿verdad? Pero mi intención…

—Buenas tardes, señor Laverne.

—Le ruego… Perdóneme, señorita Lamb… Yo…

Pero la señorita Lamb ya no quería escuchar nada más, evidentemente. Se alejaba por el pasillo, y, algunas puertas más allá, se detuvo, y llamó quedamente en la madera. Todavía en su puerta, consternado, Laverne la oyó contestar:

—Soy yo, Pepito.

La puerta se abrió, y la señorita Lamb desapareció en el interior de aquel camarote. Entonces, Laverne sonrió, cerró la puerta, y se dirigió al armario. Sacó la maleta, abrió el doble fondo, donde se veía una pistola y pequeñas chucherías metálicas, y retiró de allí una botella plana, metálica. Desenroscó el tapón, bebió un trago del contenido, y se tumbó en el sofá, paladeando golosamente el vodka. En sus labios persistía la sonrisa, pero su ceño se fruncía, aunque en expresión un tanto divertida.

—En fin —suspiró—. El primer paso no ha sido malo del todo. Pero… ¡es fea con ganas, caramba!

Mientras tanto, dentro del camarote, la señorita Lamb había entornado los ojos al escuchar la noticia de boca de Pepito Fernández:

—La han llamado por teléfono, señorita Lamb.

—¿A mí? ¿A la señorita Lamb?

—Bueno, no… Han preguntado por la señorita Macguillicudy.

—¿Quién era?

—No sé. Solamente me pareció que era una voz de hombre. Preguntó: ¿señorita Macguillicudy? Yo tardé un poco en contestar, pero entonces colgaban.

—Bien… Eso quiere decir que saben que estamos aquí, y, naturalmente, quiénes somos en realidad. Pasaremos el aviso.

La señorita Lamb tomó un papel, y comenzó a escribir, mientras el falso Pepito Fernández miraba atónito el esquemático pero perfecto retrato de la institutriz.

—¿Quién le ha hecho este retrato? —musitó al fin.

—Un señor muy simpático. Déjame terminar.

Continuó escribiendo, hasta completar la nota, que releyó, quedando complacida:

> *«Como usted predijo, un hombre ha intentado iniciar contactos amistosos conmigo. Dijo que soy bonita… o algo parecido. Se llama Laverne, camarote K, lujo. En este mismo pasillo. Pepito dice que alguien ha llamado por teléfono preguntando por mí, por Rita Macguillicudy. No sabe quién era. Colgaron. Pero no cabe duda de que eso significa que sabe quiénes somos, y que tenemos a los enemigos de Pepito en el barco. Por favor, no nos abandone ahora, solamente la tenemos a usted.*
>
> *»Rita».*

—¿Es necesaria esta nota? —preguntó Pepito.

—Por supuesto.

—Es comprometedora, ¿verdad?

—Pues… sí. Sí, en efecto. No te muevas de aquí. La señorita Lamb abrió la puerta, miró a ambos lados del pasillo, y, no viendo a nadie, se decidió a salir. Fue rápidamente hasta la puerta del camarote de la derecha, se inclinó, y metió la nota por debajo; luego, regresó no menos rápidamente al camarote de Pepito Fernández. Cerró la puerta tras ella, y se quedó mirando al muchacho.

—Si alguien vuelve a preguntar por mí, diles que estoy en mi camarote. Sólo eso, Pepito.

—Está bien. ¿Qué va a hacer ahora a su camarote?

Ponerme ropa de abrigo.

—Pero aquí hay calefacción…

—Aquí sí, pero si vuelvo a subir a cubierta quedaría congelada. No tardaré.

Salió de nuevo del camarote, ahora sin preocuparse por si alguien la veía, y fue hacia el de la izquierda. Entró, cerró la puerta tras ella con llave, y fue al armario, de dónde sacó un fino jersey. Aún lo estaba examinando críticamente cuando sonó el teléfono. Estuvo mirándolo hasta que emitió la tercera llamada. Entonces, lo descolgó.

—¿Señorita Macguillicudy? —preguntaron a su requerimiento.

—No… No, no… Se equivoca, señor.

—¿Está segura?

—Completamente. Mi nombre es Lamb, lo siento.

—Oh, bien… Perdóneme. Estoy tratando de localizar a la señorita Macguillicudy, para citarla en el comedor a la hora de la cena, pero no consigo encontrarla. Perdone.

—No tiene importancia, señor.

—Es muy amable… Adiós.

—Adiós.

Colgó, y quedó pensativa durante unos segundos. Luego, miró el jersey que sostenía en una mano, y frunció el ceño. Entró en el baño, se miró al espejo, y volvió a fruncir el ceño… Se quitó los lentes, y se soltó el pelo, observándose con gran sentido crítico. Luego, volvió al armario, sacó un pequeño *necesaire* de la maleta, y sacó una barrita de carmín. Volvió al baño, y se dio un toque rojo pálido en los labios.

—¿Por qué no? —musitó, sonriendo.

Capítulo VI

El recién llegado al comedor cambió unas palabras con el camarero, el cual asintió con la cabeza, y se volvió hacia la mesa ocupada por una sola persona. Una mujer, de algo más de treinta años, de cabellos castaños, sueltos; tenía los ojos grises, que aparecían sombreados aceptablemente en maquillaje de noche, y en su boca prieta destacaba el tono rojo del carmín. Según cómo se movía, era inevitable que se viese la verruga en un lado de su cuello. Llevaba un vestido de noche de color malva, con una gran flor en el centro del escote, como queriendo abultar éste. En sus hombros desnudos se notaba la presencia de polvos. Casi resultaba patética.

El hombre llegó ante la mesa, y se quedó mirándola con expresión dubitativa. Era un tipo de mediana estatura, como de cuarenta años, pelirrojo, de fríos ojos verdosos. Llevaba el *smoking* con cierta elegancia, y, al menos, no destacaba tan tristemente como la dama a la que estaba mirando.

—¿Señorita Lamb?

Ella le miró como un tanto amedrentada.

—Sí…

—Soy Oscar Laglen. ¿Le importa que cenemos juntos?

—No le conozco, señor… Laglen.

—Me conocerá pronto, señorita Macguillicudy.

Ella asintió con la cabeza, mirando nerviosamente a todos lados. Pero, al parecer, nadie les hacía caso. Había mucha gente cenando, cada uno sumido en su cena y en la agradable conversación. En el lujoso comedor decorado en rojo, nadie les prestaba atención. ES hombre se sentó, sonriendo.

—Es un ambiente muy grato, ¿verdad? —comentó.

—Sí… Es muy grato.

—Y muy lujoso. Aquí viajan personas de… categoría. Al menos de categoría económica, usted me entiende. Hermosas damas,

hermosas joyas, hermoso comedor… Todo hermoso. ¿Ha pedido ya la cena?

—Sí…

—Bien. Pediré lo mismo que usted… Hay cosas más importantes que atender que una simple cena. Resulta un tanto sorprendente verla, por fin. Hace cuatro días que embarcamos.

—Lo sé.

—Claro —sonrió el hombre—. Bien, opino que ha llegado el momento de actuar. Por supuesto, lo haremos de modo que usted no salga comprometida en absoluto.

—¿A qué se refiere?

El hombre frunció amablemente el ceño.

—Vamos, vamos, señorita Macguillicudy. No me complique las cosas. Tenga en cuenta que en este asunto, yo, igual que usted, sólo estoy tratando de cumplir un… encargo. Y si quiere que hable aún más claro, puedo hacerlo, tenemos que eliminar a ese muchacho. ¿No se trata de eso?

—Por favor. Van a oírle…

—No lo creo. Todos están ocupados con sus asuntos, igual que nosotros en los nuestros. Veamos. En primer lugar, alguien está esperando una explicación respecto a lo sucedido en Boston.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No puedo revelarle eso. Las cosas están de este modo: un árabe llamado Mustafá Dirama, que la conocía a usted en Saamadia, pudo hacerle hace días una oferta de cien mil dólares, a cambio de que usted facilitase el asesinato del príncipe Omar Iben Muza. ¿No es así?

Hortense Lamb inclinó la cabeza. Oscar Laglen frunció el ceño, y enseguida, continuó:

—Usted le dijo a Mustafá Dirama que sólo sabía que embarcarían en el *Titania*, y él dijo que era suficiente de momento, pero que, a la noche siguiente, la visitaría, para entregarle un cheque por cien mil dólares, al portador, contra un Banco suizo. Al mismo tiempo, le daría instrucciones respecto a lo que tendría que hacer usted una vez en el barco. Así que, cumpliendo lo primeramente pactado, Mustafá Dirama se acercó a la casa, esperando que usted saliera al jardín, para sostener una entrevista sin que la vigilancia que había puesto la CIA se enterase de nada.

Simplemente, usted habría salido a dar un paseo. ¿Correcto?

—Sí…

—Quiero que entienda que yo no tengo nada personal en esto; Fui contratado a su debido tiempo para embarcar en el *Titania*, y, una vez en alta mar, ya cerca de El Havre, asesinar a ese muchacho…

—¿Usted solo?

—Oh, tengo amigos en el barco, por supuesto —sonrió Oscar Laglen—. No se preocupe por eso. Como le decía, yo soy solamente un empleado en esto. Digamos —volvió a sonreír—, que soy un profesional competente.

—¿Un asesino profesional?

—En efecto. La persona que ha contratado mis servicios no quiere verse mezclada en lo que pueda suceder en este barco, de modo que ha dejado en mis manos la solución del problema. Me paga bien, y yo pienso cumplir mi parte… Ahora bien, parece que usted faltó a la suya.

—Un momento. Yo…

—Espere, espere, señorita Macguillicudy, Yo siempre hago las cosas bien y por orden. Tengo que dar una explicación a una persona, y como esa explicación tendrá que ser la que usted me facilite, quiero saber muy bien lo que tengo que decir. La persona que nos ha contratado a ambos, me conoce a mí, pero no a usted. A usted sólo la conocía de nombre, indirectamente, por medio de las explicaciones del tal Mustafá Dirama, que aseguraba que usted aceptaría traicionar al muchacho por una suma aceptable. Se convino cien mil dólares. Ahora, la persona que me ha contratado a mí directamente y a usted indirectamente, quiere saber por qué Mustafá Dirama no regresó a donde le esperaban. ¿Y bien?

—Lo mataron.

—¿Los de la CIA?

—Si… Bueno, fue una mujer…

—¿Una mujer? ¿Quién es ella?

—Dijo que… podíamos llamarla *miss* Paz, eso era todo. Yo… yo vi el cadáver de Mustafá Dirama. Ella lo… lo había estrangulado con un alambre, o algo así… Vi el alambre hundido en el cuello de Mustafá. No sé qué hicieron con el cadáver, porque Omar y yo nos fuimos con ella nueva York, para que nos hicieran pasaportes falsos.

Nos llevó a una floristería. No sé en qué calle, ni el número. Sólo sé que era una floristería. Luego, dormimos en una camioneta, y a las siete, con todo el equipaje y los pasaportes falsos, partimos hacia el muelle. Es todo lo que sé.

—¿Y el cheque de cien mil dólares?

—Se lo quedaron ellos.

—Entiendo. ¿Sospecharon algo de usted?

—Claro que no.

—Entonces, no la están vigilando ahora.

—No, no. Además, ella no podría hacerlo…

—¿Ella? ¿Se refiere a *miss* Paz?

—Sí.

—¿Y por qué no podría hacerlo?

—Porque cuando yo me alejo del muchacho, ella se queda cerca, protegiéndolo. Omar nunca está solo.

—¿Está esa mujer con él ahora?

—No, no. Ella tiene un camarote junto al de Omar. El G. Omar tiene el H, y yo el I.

—Bien. Si esa mujer no está con el muchacho, debe estar en su propio camarote, ¿no?

—Pues… yo no lo aseguraría. Es una mujer… rara.

—¿Rara? ¿Se refiere a su aspecto?

—¡Oh, no! Su aspecto es… es encantador. Es muy bonita, con unos ojos muy grandes, largos cabellos. No me refería a su aspecto, desde luego. ¡Ojalá lo tuviera yo! Lo que quería decirle es que nunca sé lo que hace, o dónde está. No me da explicaciones de ninguna clase. Es más, desde que subimos a bordo no la he visto.

—¿Pero ella subió?

—Claro. Es nuestra única… guardaespaldas, como dijo ella.

—¿Solamente viajan protegidos por una mujer?

—Así es. Pero no olvide que… que esa mujer estranguló a un hombre, así que…

—Sí, sí —sonrió fríamente Laglen—. Entiendo. Deje esos detalles de mi cuenta. Con nosotros no va a tener las cosas tan fáciles. Mire a su alrededor, ¿está segura de que esa mujer no nos está vigilando ahora?

Rita Macguillicudy miró disimuladamente a su alrededor, aprovechando que en ese momento le servían la cena, lo cual

aprovechó Oscar Laglen para pedir la suya. Durante medio minuto, estuvo examinando atentamente a todas las personas que los rodeaban. Por fin, movió la cabeza negativamente.

—No está, claro.

—Bien. Ya nos ocuparemos de ella. Ahora, lo que interesa es preparar el asesinato de ese muchacho.

—No… no debería hablar así, señor Laglen…

—Tonterías. Estamos cobrando por eso, ¿no es cierto?

—Yo no he cobrado aún.

—Oh… Sí, claro, comprendo. Y a mi modo de ver, usted no tuvo la culpa, sino la torpeza del tal Mustafá Dirama. Se lo diré a nuestro… contratista. Le daré toda la explicación que he recibido de usted. En cierto modo —sonrió sarcásticamente—, usted y yo somos colegas, de manera que haré lo posible para que tenga usted su parte. Sin embargo, no le aseguro que nuestro amigo esté dispuesto a soltar otros cien mil dólares.

—Pero yo quiero cobrar. Usted mismo ha comprendido que la culpa fue de Mustafá. Quiero cobrar, apartarme de ese niño, no volver jamás a ese horrible país. Es lo que siempre soñé, señor Laglen. Con cien mil dólares, yo… tendría resuelta mi vida, modestamente. Me iría a vivir a Italia. Yo no estoy haciendo todo esto por nada.

—Le repito que estoy de su parte, señorita Macguillicudy. Bien, acabemos por ahora con esta pregunta: ¿está dispuesta a continuar colaborando?

—Si me pagan, sí.

—*Okay*. Mañana le diré la decisión de nuestro amigo.

—Sería preferible que no volviéramos a vernos, señor Laglen. Ella podría vernos. Y le tengo un miedo espantoso.

—¿A la tal *miss* Paz? Oh, vamos…

—Usted no ha visto sus ojos. Son… No sé… Me parecieron pedazos de hielo. Y luego, cuando estuvimos en aquella floristería de Nueva York, había dos hombres allí, uno joven y otro maduro que… que la trataban como si fuese… algo especial. Hablaban con ella como si fuese… como si fuese una especie de… de máquina infalible.

—Creo que está usted exagerando —frunció el ceño Laglen—, pero tendremos en cuenta la personalidad de esa mujer. Desde

luego, convendría que usted nos la mostrase.

—¡Pero si no se acerca a nosotros! Nos aseguró que estaría cerca en todo momento, pero no la he visto ni una sola vez. Me comunico con ella por medio de notas que tiro por debajo de la puerta, y ella hace lo mismo. ¿Cómo voy a mostrársela, si yo misma no sé nunca dónde está?

—Lo lógico sería que estuviese en su camarote, vigilando.

—Pues no sé. Quizá.

—Bien, bien. De acuerdo, entonces, hablaré con nuestro contratista, y ya volveré a comunicarme con usted discretamente, si es posible. Ahora, cenemos. ¿De veras piensa instalarse en Italia con sus cien mil dólares?

—Sí, sí. Es un país alegre y hermoso. Quizá me decida por España, a última hora.

—¿Y por qué no su propia patria, Inglaterra?

—Oh, yo prefiero un país soleado. Me he acostumbrado al sol en Saamadia. Cuando era niña…

Media hora más tarde, ambos se pusieron en pie, finalizada la cena, y se dirigieron hacia la salida del comedor. Al pasar junto a una mesa, la institutriz saludó, tímidamente:

—Buenas noches, señor Laverne.

El gigante rubio volvió la cabeza hacia ella, sonriente, con el saludo a flor de labios. Se la quedó mirando, desconcertado. De pronto, lanzó una exclamación, y se puso en pie, golpeando la mesa con ambas rodillas.

—¡Señorita Lamb! —exclamó—. ¿Es usted?

—Pu… pu… pues sí… Sí, claro…

—*Mon Dieu*… ¿Qué ha pasado? ¡No la habría reconocido de no saludarme usted!

—Bue… bueno… Yo… yo le he visto y… y he creído que… que debía saludarle…

—¡Naturalmente! Pe… pero es… ¡es increíble! ¡Oh, me alegra mucho que usted haya seguido mi consejo! ¿Quiere cenar con nosotros?

Señaló la mesa, y una joven pareja que presenciaba sonriente la escena, con no poca benevolencia hacia la muy mal maquillada institutriz, la cual se sonrojó de pronto.

—Yo… yo… yo ya… ya he cenado con mi amigo, el señor

Laglen —lo señaló—. Y me retiro ya. De todos modos, muchas gracias, señor Laverne.

—Bien. ¡Caramba, qué mala suerte la mía… y qué buena suerte la del señor Laglen! ¿Es usted egoísta, señor Laglen?

—Depende —mascculló el asesino profesional—. ¿Por qué lo pregunta?

—Bien… Quizá podríamos… compartir la suerte, ¿no le parece?

—¿Por qué no? —refunfuñó Laglen—. No dudo que la señorita Lamb podrá dispensarle su compañía en otra ocasión. Buenas noches.

—Ah… Sí, claro… Buenas noches.

—Adiós —susurró Rita Macguillicudy.

—Adiós, señorita Lamb.

Cuando salieron del comedor, Laglen miró torvamente a la institutriz.

—No ha debido detenerse, ni mucho menos, presentarme a nadie.

—Lo… lo siento… No creí que…

—Usted no se da cuenta de la situación —gruñó el asesino—. Ni a usted ni a mí nos conviene intimar con nadie. Cuanto más desapercibidos pasemos, mejor.

—Sí… Claro… Lo siento, de veras.

Laglen soltó otro gruñido.

—Me comunicaré con usted cuando convenga.

Se alejó, con gesto brusco. La institutriz estuvo mirándolo como perpleja. Pero, sin los lentes, parecía no ver muy bien. Acabó parpadeando, sacó los lentes, se los puso, y continuó por el pasillo, sola, detrás del malgeniado Oscar Laglen, que pronto abrió una de las puertas y descendió a cubierta de primera clase.

Una vez allí, el asesino profesional volvió la cabeza, pero no vio a nadie tras él. Entró en los pasillos, recorrió uno, giró a la derecha… y poco después se detenía delante de la puerta marcada con el número 124. Llamó con los nudillos, y a los pocos segundos, la puerta se abrió. Un hombre delgado, de raza árabe evidentemente, se lo quedó mirando fijamente un instante, antes de apartarse de la puerta. Oscar Laglen entró, encarándose inmediatamente con el otro árabe que ocupaba el camarote. Un tipo gordo, con barbita, que llevaba lentes oscuros y una gran sortija en

el dedo meñique de la mano derecha. Estaba sentado en el sofá, que se hundía bajo el terrible peso. Sus labios, gordos, de tono amoratado, se curvaron en una escalofriante sonrisa, mientras sus ojos permanecían en la oscuridad de los cristales de los lentes.

—¿Cómo ha sido eso? —musitó, en aceptable inglés.

—Ella quiere los cien mil dólares.

—¿Acaso no los tiene ya?

—No. Ocurrió que…

Oscar Laglen explicó lo que había escuchado de labios de la institutriz. Cuando terminó, el gordísimo árabe estaba dándose tirones del abultado labio inferior, pensativo.

—Dígale que le pagaré —dijo por fin.

—De acuerdo. ¿Preparamos los detalles ahora, o…?

—No. Lo haremos mañana, quizá. No hay que precipitarse. Además, cuanto más cerca estemos de Él Havre, más confiada estará esa mujer tan peligrosa llamada *miss* Paz, y más oportunidad de escapar del barco tendremos.

—Sin embargo, señor Fijek, no convendría confiarnos demasiado. Siempre es mejor preparar las cosas con tiempo.

—Hay tiempo —aseguró Muhammad Fijek—. Pensaré durante esta noche, y mañana volveremos a hablar. Y hay una cosa que usted deberá tener presente en todo momento, Laglen: no quiero escándalos. Todo ha de hacerse de tal modo que nadie se dé cuenta de lo ocurrido. Nada de balazos y cosas así. ¿Me comprende?

—Desde luego. Mis hombres y yo sabemos hacer bien las cosas. Usted no ha contratado a unos desgraciados, señor Fijek.

—Eso me dijeron. Espero que sean… eficaces y discretos. Puede marcharse. Mañana le diré lo que he decidido.

—Muy bien. Buenas noches. Adiós, Hamid.

—Adiós —susurró el árabe flaco, de cara huesuda y ojos hundidos.

Abrió la puerta, y Laglen salió. Comenzó a recorrer el mismo camino de antes, a la inversa, y al doblar la primera esquina, se dio de bruces contra otra persona, que lanzó un gritito de sobresalto. Instintivamente adelantó las manos, y sujetó a la muchacha de un brazo, evitando que cayera.

—Lo siento —murmuró—. Perdóneme…

La muchacha, una espléndida rubia de grandiosos ojos azules, lo

miró sonriente, una vez pasado el sobresalto, y recuperado el paquete que había caído al piso.

—No tiene importancia, señor. Yo también iba distraída.

—De veras lo siento.

—No importa, no importa. Adiós.

—Buenas noches.

La rubita continuó su camino, y Oscar Laglen se volvió. Se quedó mirando atónito las fantásticas piernas de tono dorado, y al fin, movió la cabeza, maravillado.

—¡Fiuuu! —Silbó por lo bajo—. ¡Qué bombón!

Continuó su camino, todavía moviendo la cabeza. Quizá se habría quedado petrificado si hubiera visto cómo, poco más allá, la sensacional y espléndida rubita se detenía, volvía la cabeza, y, luego, regresaba sobre sus pasos. Segundos después, pasaba por delante de la puerta señalada con el número 124. Una seca sonrisa apareció en los bonitos labios de delicioso dibujo. Una sonrisa sorprendente para aquella hermosa faz.

Siguió adelante, entró en uno de los servicios, cerró por dentro, y lo primero que hizo fue quitarse la peluca rubia, dejando libre sus largos cabellos… que no eran rubios, ciertamente. Se miró al espejo, y se sonrió a sí misma.

—Primer trabajo de mañana, querida —susurró— enterarte de quién ocupa el camarote 124 de primera clase. Y ahora, a descansar. Pero antes, dime, espejito: ¿quién es la más linda espía del mundo?

Capítulo VII

Buenos días, señorita Lamb.

La institutriz alzó vivamente la cabeza, se sonrojó, y se quitó a toda prisa los lentes, tras dejar el libro sobre su regazo.

—Buenos días, señor Laverne —susurró.

—Temí encontrarla con su adorador de anoche… Es más temí no verla: es la primera vez que sale usted a plena luz del sol. ¿Puedo sentarme?

—Sí… Sí, claro… Las butacas son de todos, señor Laverne.

—Sé eso muy bien —el gigante se sentó en la butaca extensible contigua—. He querido preguntar si no la molestaba mi compañía.

—Ya he comprobado que usted es una persona educada… ¿Por qué habría de molestarme?

—Bueno… Quiero decir que quizá molestase a su adorador.

—Yo no tengo ningún adorador, señor Laverne. Si se refiere al señor Laglen, le diré que es solamente un conocido ocasional de Estados Unidos.

—¡Ah…! Bien, tanto mejor, pues así tengo el campo libre.

—Libre… ¿para qué?

—Para ser yo su adorador. Le diré una cosa: está usted más bonita de día que de noche. Y el cabello suelto le queda muy bien. ¿Por qué me mira así?

—No me gusta que se burlen de mí.

Laverne parpadeó.

—¿Burlarme? ¿De usted? ¿Por qué piensa eso?

—Ya le dije que me he visto en muchos espejos.

—¡Oh!, —el francés sonrió encantadoramente—. Bueno, ya es sabido que la opinión de uno sobre sí mismo no siempre es exacta. En cuanto a mí, por ejemplo, me considero guapo y simpático… y ya ve: usted parece opinar todo lo contrario. Por lo tanto, ¿por qué no puedo pensar yo sobre usted lo contrario de lo que piensa usted

sobre sí misma?

—Usted… usted me confunde, señor Laverne…

—Henri. Simplemente, Henri. ¿Puedo llamaría Hortense? Ya le dije que me gusta su nombre… ¿Puedo?

—Bueno… Sí… Sí, desde luego, señor Lav… Henri.

—Fantástico. ¿No hace un hermoso día?

—En efecto… Ayer tarde era terrible, con aquellos nubarrones… Sí, un día… fantástico.

—Pero, en el Atlántico, esos nubarrones no deben extrañar a nadie.

—¡Ah…!

—Quizá vuelvan a aparecer.

—Sí… Es posible, sí…

—Aunque de momento, *voilá*!, gozamos de un espléndido sol, el mar está azul, las personas que nos rodean son apacibles… ¡Y se está estupendamente en cubierta, tomando el sol! ¿No lo cree así?

—Sí… Sí, si…

—Ajá. ¿Quiere un cigarrillo?

—No… No fumo. Pero puede usted hacerlo, por supuesto.

—Gracias —Laverne encendió un cigarrillo, con un bonito encendedor que parecía de acero, pero que no funcionaba demasiado bien, pues tuvo que accionarlo varias veces—. No crea que yo fumo mucho. Pero en estos días de descanso, puedo permitirme este lujo.

—¿Fumar es un lujo?

—Para mí, sí. Soy deportista.

—¿Depor…? Pe-pero yo… yo creí que usted era un artista, Henri…

—¡Oh!, no —rió el simpático gigante—. Ese es mi *hobby*, como dicen ustedes. Soy tenista. Regreso a París después de haber disputado unos cuantos torneos en Estados Unidos… No tuve muy buena suerte, la verdad.

—¿No ganó ningún partido?

—¡Ah!, eso sí… Soy muy duro de pelar. A decir verdad —sonrió como disculpándose—, regreso con una buena bolsa de dólares y un par de trofeos. Pero en el penúltimo encuentro, tuve un desgarro muscular en el hombro derecho, de modo que hube de abandonar. Mala suerte… Pero no hay mal que por bien no venga.

—¿No?

—Pensé en volver en avión a París, pero puesto que estaba lesionado, y no podría atender mis compromisos con un par de clubs de allá, me dije: «¿por qué no volver en barco, instalado como un *maharajá*, descansando, tomándote las cosas con calma, Henri, querido?». Y aquí me tiene, encantado de haber tenido esa lesión… De no ser por ella, no la habría conocido a usted. ¿Podremos vernos en París?

—Usted… usted corre tanto, Henri, que… que… Además, no voy a París.

—¡Ah! ¿Adónde va?

—De El Havre iré directamente a Orly, donde tomaré un avión para Roma. Tenemos que estar allí el día…

—¿Tenemos? Creí que viajaba sola…

—No… No exactamente…

—¡No me diga que tiene un marido escondido en el camarote!

—No —rió la señorita Lamb—. No es eso. Soy institutriz y viajo con un niño, que debo entregar a sus padres en Roma.

—Un niño… Bien: ¿dónde está?

—En el camarote. Está un poco indispuesto.

—Cuanto lo siento… ¿Por eso no ha salido con usted estos días a cubierta?

—Sí, pero como ahora se encuentra mejor… Le compré unos *comics* abajo, en una de las tiendas y pensé que podría tomar el sol unos minutos.

—¡Bien hecho! Vaya, una institutriz… ¡Qué asombroso! No me parecía usted una… cosa así.

—Lamento haberle decepcionado.

—¡De ninguna manera! ¡Pero si estoy encantado…! En general, las personas que realizan su trabajo suelen ser personas bien equilibradas, pacientes, bien educadas, cultas… A propósito, ¿qué estaba usted leyendo?

—Historia caldea.

—Historia… ¿qué?

—Caldea.

—*Mon Dieu*… ¿Y para qué lee usted eso?

—Es que estoy… estoy preparando un libro sobre la cultura babilónica.

—¿La cultura bab…? —Henri Laverne parecía a punto de desmayarse—. ¡Es usted cada vez más asombrosa! ¿Se da cuenta como yo tengo un buen golpe de vista?

—Bueno… No sé a qué se refiere…

—Cuando la vi, pensé: «he ahí una chica que parece hecha a tu medida, Henri; tranquila, callada, tímida… Igual que tú… ¿Será que al fin la has encontrado, muchacho?»… Y acerté.

La señorita Lamb volvió a enrojecer.

—Henri, usted dice unas cosas… Cualquiera que le oiga, pensaría que… que se había enamorado de mí…

—Y estaría en lo cierto.

La institutriz se mordió los labios, olvidada de que aquella mañana los llevaba pintados. Estaba hecha una tarjeta postal, vamos, con el carmín, los polvos, el sombreado de los ojos…

—Señor Laverne —murmuró con voz un tanto ronca—. Si usted insiste en burlarse de mí, tendré que marcharme. No me gusta ser objeto de… de escarnios que,…

Se puso en pie, evidentemente dispuesta a marcharse, pero Laverne la tomó de una mano, reteniéndola.

—Hortense… Por favor… No me estoy burlando. Siéntese, se lo ruego.

—Tengo… tengo prisa…

—Ese niño puede esperar —Laverne consiguió que se sentara de nuevo, tirando de su mano suavemente; se quedó mirándola fijamente—. ¿Cree que estoy intentando una… conquista de travesía, Hortense? ¿Eso piensa?

—No… Ni siquiera para eso… le serviría, Henri. Hay… hay en el barco chicas que… merecen más su atención…

—Si se refiere a que son más bonitas que usted, ya lo sé. ¡Oh!, no soy un pobre tonto, Hortense. Pero tú sí lo eres.

—¿Yo… yo…?

—Sí. Procura sonreír más, ponte vestidos más juveniles, aprende a maquillarte, quítate esos lentes, y, si tan necesarios te son, adquiere otros más de acuerdo con tu rostro… No eres una chica de las que se dicen bonitas, pero… No sé… Hay en ti algo… especial… De veras, y no sé qué es. No puedo comprenderlo… ¡Y haz el favor de no intentar más ocultar esa… pequeña verruga! Ya la he visto, la tienes y es inevitable. ¿O no?

Hortense Lamb estaba terriblemente abochornada.

—Yo… yo… yo… tengo… que marcharme…

Henri Laverne se quedó mirándola con fijeza, súbitamente serio.

—Está bien —murmuró—. Eres una pobre tonta, Hortense. Una institutriz que debería… tener a su vez otra institutriz, que te enseñase algunas cosas importantes. Ya te he dicho que me he enamorado de ti, pero… sí así lo quieres, no te molestaré más. ¿Es eso lo que quieres?

—Debo… debo marcharme ya…

—No le pasará nada a ese niño por unos minutos de soledad.

—¡Oh!, no es eso… Él no está solo, sé que está bien cuidado por… Qui… qui… quiero decir…

—Entiendo. Viaja alguien más con vosotros, ¿no? Entonces, ¿por qué tanta prisa?

—No, no —respingó Hortense—. Viajamos solos, sí… Solos, de veras.

—¿Quieres que vaya contigo? Podríamos…

—¡No! ¡No, no…! Adiós, Henri…

—Lamento mi fracaso —susurró él—. Te recordaré siempre, Hortense.

—Adiós…

—Adiós.

* * *

Henri Laverne se dejó caer hacia atrás en la butaca de cubierta y cerró los ojos, mientras la señorita Lamb se alejaba presurosamente, visiblemente alterada. Entró en la galería encristalada de estribor y vio a Oscar Laglen, haciéndole señas desde las escaleras que llevaban el paseo inferior. Se precipitó hacia allí y se reunieron abajo. Laglen tenía el ceño fruncido y parecía fríamente furioso.

—Llevo más de cinco minutos haciéndole señas —gruñó—. ¿No me veía, señorita Macguillicudy?

—Sí sí, pe… pero ese… ese hombre estaba… hablándome… No podía dejarlo tan bruscamente, me he dado la prisa que he podido…

—¿Qué pasa con ese tipo?

—No sé…

—¿Por qué estaba con usted? Es el de anoche, ¿no?

—Sí… Bueno, él… él dice que está… enamorado de mí…

Oscar Laglen parpadeó atónito. Por fin, se echó a reír de muy buena gana.

—¡Pues tiene buen gusto el sujeto, vamos…!

—Es usted un… un… grosero que…

—¡Oh!, vamos, menos tonterías, «encanto». Nosotros dos estamos aquí para trabajar, así que olvide a ese tipo mientras dure la travesía, ¿de acuerdo? Ya sé que es muy guapo y todo eso, pero olvídelo… Hablé con nuestro amigo: acepta pagarle de nuevo los cien mil dólares.

—De nuevo, no. Yo no cobré los anteriores.

—Bien, bien, no hay que puntualizar tanto en tonterías de esta clase; él pagará y eso es todo. Ahora, atienda bien… Pasado mañana por la mañana, llegaremos a El Havre, de modo que hay que hacer ya nuestro trabajo. Cada uno el suyo. ¿Bien?

—Sí… Sí, sí… Pero yo… yo no quisiera ver lo que… lo que hacen a Omar…

—Señorita Lamb, acabaré enviándole al infierno. A usted no la necesitamos para nada, prácticamente. Para lo único que nos sirve es para evitarnos tener que entrar en el camarote del moro ese, a fin de evitar escándalos. El plan es arrojar ese chico al mar, nada de dejar cuerpos del delito a la vista. Así, se podrá pensar en un accidente, o algo así… Usted sólo tiene que aparecer desesperada, buscando al muchacho… Haga bien su papel y estará a salvo de toda sospecha… ¿Lo ha entendido?

—Sí… Sí, puedo decir que… que él salió del camarote sin mi permiso… y que es todo lo que sé.

—Perfecto. Ahora, hablemos de esa *miss* Paz: usted tiene que asegurarse de que, cuando el muchacho y usted suban a cubierta, ella no esté por allí: nada de complicaciones. ¿Puede conseguirlo?

—Supongo que sí… Ella debe aprovechar cuando yo estoy en el camarote con Omar para descansar. Cuando me vea entrar, se irá a descansar, sí, supongo…

—Exactamente, de eso se trata. Ella la verá a usted en el camarote del chico, lo considerará a salvo y se dedicará a descansar, o irá a comer, o… En fin, se alejará aunque sea por unos minutos. Entonces, atienda: usted entrará en el camarote del chico a las diez

en punto de la noche. Le dirá que van a dar un paseo y subirán ambos a la cubierta de botes de estribor. Caminarán hasta el tercer bote de salvamento. Allí, debajo mismo del tercer bote de salvamento, usted y el muchacho se asomarán a la borda. Y naturalmente, usted se asegurará de que nadie los ve juntos. ¿Entendido?

—Sí… ¿Qué pasará entonces?

Laglen la miró con el ceño fruncido y de pronto, dijo, brutalmente:

—Tiraremos de cabeza al mar a ese chico, usted volverá a su camarote y hará su papel. Eso es todo.

—¿Tiene que… que ser esta noche…?

—Sí. Pero si algo falla, tenemos todavía la de mañana. No obstante, cuanto antes lo hagamos ya, mejor. ¿Alguna duda?

—No… No, no, ninguna.

—Pues adiós.

—Adiós…

* * *

—¿Ha aceptado?

Oscar Laglen acabó de entrar en el camarote, y, mientras el seco y adusto Hamid cerraba la puerta, se dejó caer en uno de los silloncitos. Encendió un cigarrillo y miró atentamente al inexpresivo y obeso Muhammad Fijek.

—Sí, Ha aceptado.

—¿Todo como yo le dije a usted, Laglen?

—Desde luego. A las diez irá a buscar al muchacho y a las diez y cinco aparecerá en la cubierta de botes, en el lugar indicado… Todo como usted lo ha planeado.

—Bien… Muy bien. Espero que usted y sus hombres no fallen, Laglen.

Oscar Laglen sonrió despectivamente.

—Mis hombres no fallarán. En cuanto a mí, tengo algo mejor que hacer: me quedaré en el pasillo de los camarotes de lujo, por si esa *miss* Paz, en lugar de dedicarse a dormir, fuese tan lista que quisiera continuar vigilando y subiera a cubierta… Es decir, intentara subir a cubierta.

—Espléndido —aprobó Fijek—. Verdaderamente espléndido… ¿Sus hombres podrán hacer solos el trabajo?

—Con toda facilidad. ¡Oh, vamos, señor Fijek…! Se trata solamente de un niño.

—Y de una mujer.

Laglen se lo quedó mirando, sin comprender.

—¿Cómo? —susurró, al fin.

—Me está resultando usted un tanto ingenuo, señor Laglen… ¿Realmente le parece prudente dejar viva a la señorita Macguillicudy?

—Pues…

—Vamos, vamos… Recapacite. Esa joven sabe demasiadas cosas, especialmente, de usted, que debería ser el primer interesado en… quitarla de en medio. ¿No se dice así?

—Sí… Sí, sí, pero…

—¿No se le había ocurrido? Piénselo bien: si ocurriera algún contratiempo, el más que posible que la señorita Macguillicudy se fuera de la lengua. El más pequeño contratiempo, el más ligero temor y ella diría todo lo que sabe. ¿O cree usted que no?

Oscar Laglen, ceñudo, no dedicó demasiado tiempo a reflexionar.

—Sí —admitió—. Realmente, así es. Y si ella se fuese de la lengua acusándome a mí, usted teme que yo hiciera lo mismo acusándole a usted.

—En efecto. Si todo eso ocurriese cuando yo hubiera regresado ya a Saamadia, la cosa no me importaría. Pero, si sucede estando todavía en el *Titania*, la situación sería muy peligrosa para mí. Por lo tanto, opino que demostraríamos un… gran instinto de conversación si tanto usted como yo eliminásemos esa posible contingencia.

—Se me está ocurriendo que quizá mañana usted considere que aún sería más seguro eliminarme a mí también, señor Fijek.

—No sea absurdo, amigo mío. Usted es un profesional… Sé que no hablará. La señorita Macguillicudy es otra cosa: jamás se habrá visto metida en algo tan gordo y a poco que le apretasen las clavijas, lo diría todo. Usted no… Estoy seguro de eso. Aparte de que, si usted hace las cosas bien, ninguno de los dos tendremos nada que temer.

—Quisiera estar seguro de que yo no tendría nada que temer.

—Y yo quisiera que usted entendiera que los buenos profesionales como usted no abundan. En mi país, ciertamente, tenemos asesinos que no se arredran ante nada… Son capaces de intentar y hasta de conseguir cualquier cosa. Pero son… toscos, rudos, poco inteligentes. No me interesan, se lo aseguro.

—No sé si le entiendo. Fijek.

—Pues es bien sencillo: si más adelante, una vez instalado yo en mí… sitio político en mi país, precisamente de determinados servicios, mi buena memoria recordaría su nombre, Laglen. Entonces, con toda seguridad, usted recibiría noticias de un amigo de Saamadia, invitándole a pasar unos cuantos días en Saamadia, la capital. Y una vez en Saaman, seguramente tendría usted… algún encargo que cumplir. No soy ningún estúpido: necesito y necesitaré hombres como usted.

—Entiendo —sonrió al fin Laglen—. Digamos que puedo considerarlo como un… cliente fijo, señor Fijek.

—Exactamente.

—Bien… Su explicación me convence. Y pienso que si hago un trabajo doble, usted va a ahorrarse cien mil dólares… Los de la señorita Macguillicudy. ¿O no?

—Evidentemente. Pero el dinero no es problema para mí… No necesito esos cien mil dólares. Y estoy pensando si usted tendría inconveniente en aceptarlos como una… prueba de mi agradecimiento por su buen trabajo.

—¿Aparte del precio estipulado por lo demás?

—Naturalmente.

Oscar Laglen acabó sonriendo de oreja a oreja. Aplastó el cigarrillo en un cenicero y se puso en pie.

—Mucho me temo que esta noche, la señorita Macguillicudy acompañará a su pupilo en el baño nocturno de impresión…

—Sin fallos, Laglen. Y sin escándalo.

—Delo por hecho.

Capítulo VIII

—¿Estás listo, Pepito?

—Sí, señorita Lamb.

—Bien… Saldremos a dar ese paseo. Abrígate bien… Hace un frío tremendo arriba, en la cubierta de botes.

—Podríamos pasear por otro lugar, entonces.

—Lo pensé —musitó la institutriz—. Pero en los demás sitios habrá gente, ¿comprendes? Y no me parece conveniente que te vean. A pesar de todas las medidas de seguridad, siempre es mejor que no te puedan ver, con el riesgo de ser reconocido…

—Nadie me conoce en este barco.

—Eso creo yo también. Pero no olvides que tu fotografía ha aparecido últimamente en los periódicos de todo el mundo. Y hay gente que tiene una gran memoria para las fisonomías. Es mejor no arriesgar nada.

—Lo que usted diga.

Hortense Lamb pasó una mano un tanto crispada por los cabellos del muchacho.

—No te ocurrirá nada —susurró—. Yo siempre vigilo.

Omar Iben Muza asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta. La abrió, dejó pasar muy cortésmente a su institutriz y salió él. La señorita Lamb cerró la puerta del camarote con llave, que guardó cuidadosamente en el bolsillo. Luego pasó un brazo por los hombros de Omar y se dirigió, casi abrazándolo, hacia la escalerilla que llevaba a la cubierta de botes.

Subieron lentamente, mirando la institutriz su reloj… Eran las diez y dos minutos de la noche.

Cuando salieron a la cubierta de botes, un terrible frío pareció golpear sus rostros. El cielo estaba lleno de estrellas, pero precisamente esa limpidez atmosférica daba lugar a aquel frío húmedo, intenso, que parecía penetrar hasta los huesos… Por

supuesto, no había nadie allí. De lejos, muy amortiguada, llegaba música, posiblemente, de una de las salas de fiestas del enorme transatlántico. Hacia popa se veía el resplandor de la galería cubierta del bar.

Durante unos segundos, estuvieron los dos allí, como vacilantes. Por fin, Hortense empujó suavemente al muchacho.

—Veamos debajo de uno de los botes —murmuró—. Espero que estaremos más protegidos allí.

Siempre pasando un brazo por los hombros del muchacho, Hortense Lamb caminó hasta llegar al tercer bote, suspendido encima de ellos por sus palancas de arriada. Se acodaron en la borda, mirando ambos hacia el mar… Se veía negro, pero, cerca del barco, había como una ola eterna, que se iba abriendo a su paso. A la luz que llegaba allí, parecían olas llegando a una playa.

—¿Tienes frío?

—Un poco, señorita Lamb… ¿Usted no?

—Estoy helada hasta los huesos. Este no es nuestro clima, Pepito… ¿verdad?

—No —sonrió el muchacho—. No es nuestro clima. Cuando llegue a Saamadia…

De pronto, oyeron unos golpes sordos tras ellos. Se volvieron a la vez, cuando todavía los dos hombres que habían saltado a cubierta desde el bote que tenían encima, estaban recuperando el equilibrio.

Omar Iben Muza lanzó una exclamación, que se confundió con las tensas palabras de uno de los hombres:

—Yo me encargo de la mujer, Ralph.

Los dos a la vez se abalanzaron hacia Hortense Lamb y Omar Iben Muza… Con no muy buena fortuna, precisamente. Hortense Lamb dio un gritito de terror, empujó al muchacho hacia un lado y al mismo tiempo, intentaba apartarse, sin conseguirlo, pues el hombre que iba a encargarse de ella le cayó encima, abrazándola por la cintura…

—No —gimió Hortense—. A mí, no… ¡No!

Mientras el muchacho, ágilmente, esquivaba la acometida del llamado Ralph, Hortense pudo empujar al otro sujeto, que pareció tropezar con algo y cayó de espaldas. Pero se puso en pie de un salto, agarró de un tobillo a Hortense cuando pasaba junto a él y la

hizo caer de bruces. Inmediatamente, se le echó encima y le puso una mano en la boca, con fuerza brutal.

—Te voy a… —empezó a jadear.

Plop.

Aquel sonido debió resultar muy revelador para el hombre, porque respingó, alzó la cabeza y pudo ver a su compañero, con Omar entre sus brazos, pero crispándose, soltándolo en aquel momento, llevando las manos hacia la espalda… Volvió vivamente la cabeza hacia el otro lado, pero sólo pudo ver una enorme sombra que le caía encima… No. No le cayó encima. Sólo fue una mano… Una mano enorme, poderosísima, que le asió por las ropas del cuello y de un tirón lo quitó de encima de la señorita Lamb.

Por un instante, el hombre se vio suspendido en el aire, colgando de aquella enorme mano. Luego, algo brilló ante sus ojos y recibió el terrible golpe de la pistola en pleno rostro. Pero todavía recibió otro golpe, ahora en la frente, que resonó trágicamente en la solitaria cubierta. El hombre quedó colgando de aquella mano hasta que los largos dedos se abrieron… Entonces, cayó como un saco en cubierta, quedando inmóvil.

Inmediatamente, el gigante se arrodilló junto a Hortense.

—¿Estás bien? —susurró.

—Dios… Dios mío…

Henri Laverne comprendió que estaba bien, se apartó rápidamente de ella y fue hacia donde el muchacho intentaba esconderse detrás de uno de los enormes soportes metálicos del último bote.

—No tema, Alteza —siguió hablando Laverne, en inglés—. Soy amigo.

El muchacho asomó cautamente la cabeza, pero sin salir. El rubio atleta fue hacia allá, sonriendo, pasó una de sus manazas por la nuca de Omar y lo hizo salir, con gesto amable, pero firme.

—Veamos qué le pasa a la señorita Lamb… Cuanto menos, es de esperar un ataque de histerismo.

El rostro de Omar Iben Muza se veía muy claro en la relativa oscuridad. Debía estar tan asustado, que no podía ni hablar. Pero fue con Laverne hacia donde Hortense Lamb, apoyándose en su recobrado paraguas, se estaba incorporando, gimiendo.

—Alteza —gimió—. ¡Oh, Dios mío, ha sido horrible…!

—Cálmate —musitó Laverne—. Esperad aquí unos segundos. Ya no hay nada que temer.

Asió a uno de los hombres por el cuello, lo puso en pie y torció el gesto al comprobar que estaba muerto. El segundo golpe con la pistola había partido su frente. Sin aparentar el menor esfuerzo, lo subió al mismo bote en el cual habían estado escondidos él y su compañero. Fue a por éste, lo llevó arrastrando hasta allí y también lo metió en el bote. Luego, lo tapó con la lona, saltó ágilmente a cubierta y regresó junto a los temblorosos coprotagonistas del atentado.

—Será mejor que nos marchemos de aquí… No. Por ahí, no… Por el otro lado. Sería buena idea que vinieran los dos a mi camarote, por el momento.

—Qui-qui-quiero… ir… a… a los nuestros…

—De acuerdo, Hortense. Pero será más tarde. Iremos al mío ahora, yo echaré un vistazo a los vuestros y entonces volveréis allí. Vamos.

* * *

Pasaron a la otra banda del barco y Henri Laverne bajó las escaleras rápidamente y en silencio. Llegó al pasillo y, cuando estaba a punto de volverse para hacer una seña de tranquilidad, vio tan sólo un pedazo de tela que desaparecía por el otro extremo del pasillo. Estuvo a punto de echar a correr hacia allí, pero desistió en el acto de ello… Lo importante era el príncipe y a ese respecto ya se habían corrido demasiados riesgos. Hizo la seña y Hortense y el muchacho bajaron. No había nadie en el pasillo, no se oía nada… El gigantesco Laverne abrió la puerta de su camarote, dejó entrar a Hortense y Omar, entró él y cerró con llave.

Los miró a los dos, sonrió secamente y se quitó la chaqueta, dejando entonces perfectamente visible la funda axilar, con una enorme pistola. Fue hacia el armario, sacó la maleta y del doble fondo, la petaca metálica de vodka, de la cual echó un trago. Chascó la lengua y de nuevo dedicó su atención a los dos asustados personajes.

—En mi vida he conocido imprudencia mayor que la de ustedes esta noche —dijo de pronto—. Me pregunto, Hortense, si tu cabeza

funciona bien. ¿Qué pretendías?

—Yo… yo-yo-yo… no… no pre… tendía…

—Te ruego que procures no tartamudear. Comprendo que estés asustada, pero serénate primero y luego hablaremos. ¿Quieres un poco de vodka?

—Cre-creo que… que me… me sentará bien…

Tomó la petaca, con manos temblorosas y bebió un trago, contemplada amablemente por el impresionante Laverne, cuyos hombros parecían ir a llegar de una a otra pared del camarote. Cuando ella terminó de beber, tapó la botella, la colocó en su sitio y guardó la maleta.

—¿Un cigarrillo?

—No… No fumo, no…

—¡Oh!, lo había olvidado. Bien, ¿qué pretendías con este estúpido paseo por cubierta a estas horas?

—Yo… yo-yo-yo no… no…

—No tartamudees. Me estás poniendo nervioso.

—Yo no… pretendía nada. Omar me… me había dicho que quería salir a pasear en muchas ocasiones y me… me pareció que de noche era más conveniente…

—¡Qué barbaridad! En fin…

—¿Quién es usted? —preguntó Omar.

Henri Laverne sonrió y miró a Hortense, que lo contemplaba estupefacto, como si hasta entonces a ella no se le hubiese ocurrido hacer tal pregunta.

—Un amigo de Su Alteza —aseguró Laverne—. Y creo haberlo demostrado.

—¿Cuál es su nombre?

—Se llama Hen… —empezó Hortense.

—Val Angelof, Alteza —dijo Laverne—. Ciudadano de la madrecita Rusia. A sus órdenes.

—¿Es ruso?

—Evidentemente, Alteza.

—Yo creí que eran los americanos los que tenían que custodiarme hasta El Havre.

—Ese fue el trato. Pero, bien claro está, no han sabido hacerlo demasiado bien. De no ser por la señorita Lamb —sonrió ampliamente—, a la cual podemos ya llamar señorita

Macguillicudy, los dos estarían muertos ahora. Quiero decir que ustedes dos deben la vida a la previsión de la señorita Macguillicudy, no a la… eficacia de la CIA.

—¿A mi previsión? —murmuró Rita Macguillicudy.

—Claro.

—Pe-pero yo… yo-yo-yo no…

—¡No tartamudees!

—¡Yo no he hecho nada! —estalló la institutriz—. ¡No sé de qué me estás hablando, Henri… o cómo te llames!

—Val Angelof —susurró el ruso, frunciendo el ceño—. ¿Qué significa tu actitud ahora?

—¡No te entiendo ni una palabra!

Un chispazo cercano a la cólera pasó por los ojos de Val Angelof. Fue adonde había tirado su chaqueta, metió la mano en un bolsillo y entregó un papel a Rita Macguillicudy.

—¿Qué me dices de esto?

La institutriz bajó la mirada hacia el papel. Una simple nota, que decía, en inglés:

> *«A las diez y cuatro minutos acude a la cubierta de estribor bajo el tercer bote. Lleva pistola,*
>
> *»Hortense».*

Estupefacta, se quedó mirando al ruso, que hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y bien? —masculló.

—¡Yo no te he enviado esta nota!

—¿No?

—¡Claro que no!

—Entonces… ¿quién ha sido?

—¡Y yo qué sé!

Los inteligentes y bellos ojos de Val Angelof se entornaron. Luego, muy lentamente, en sus labios fue apareciendo una sonrisa, cada vez más amplia, que, finalmente, casi llegó a la carcajada.

—De acuerdo, de acuerdo… Vamos a aceptar que no fuiste tú. Entonces… ¿quién fue? ¿De verdad no lo sabes, o, al menos, no lo imaginas?

—No… No, no…

—Yo te lo diré, Rita… ¿Te importa que nos dejemos de

tonterías, y nos llamemos por nuestros verdaderos nombres?

—No…

—Bien. Yo te diré quién me envió esta nota firmándola con tu nombre: fue la persona o personas que os acompañan en este viaje, pero sin dejarse ver. Por mi madre, esto ha sido una de las mejores jugadas que he presenciado jamás…

—¿Qué… qué jugada?

—¿De verdad no lo entiendes? Os lo explicare. Una persona, sea quien sea, supo que vosotros ibais a salir a pasear a cubierta…

—Yo no lo dije a nadie, excepto a Su Alteza.

—¿No? —Frunció el ceño Angelof—. ¿Estás segura?

—Sí… Desde luego.

El ruso volvió a entornar los ojos, pasándose la mano por la nuca, pensativo, fruncido el ceño.

—Déjame las llaves de vuestros camarotes. Sin discutir. Y esperadme aquí, sin abrir a nadie. Absolutamente a nadie.

Hortense le entregó las dos llaves, y el ruso salió de su camarote. Regresó apenas diez minutos más tarde, volvió a cerrar la puerta, y sé quedó plantado ante ella, con los brazos en jarras, mirando a todos lados, muy sonriente.

De pronto, miró a Omar y la institutriz.

—Bien… Os acompañaré a vuestros camarotes. Cerrad por dentro, y de nuevo insisto en que no abráis a nadie… salvo a vuestros amigos, naturalmente. Si algo ocurre, y precisáis mi ayuda, sólo tenéis que llamarme por teléfono. ¿De acuerdo?

—¿De qué lado está usted? —preguntó el avispado Omar.

—Del suyo, Alteza. En cuanto lleguemos a París, unos compañeros míos lo recogerán, para llevarlo sano y salvo a Saamadia. Creía que estaba al corriente de la situación.

—Incluso mejor que usted —dijo altivamente el muchacho—. Buenas noches, señor… ¿Angelof?

—Sí, Angelof. Buenas noches, Alteza. Buenas noches, Rita.

Les abrió la puerta, los vio entrar en sus respectivos camarotes, cerró, y de nuevo sé quedó mirando a todos lados. Segundos después inició la búsqueda… que terminaba antes de transcurridos tres minutos, al encontrar el pequeño micrófono debajo de la litera. Se lo quedó mirando en la palma de la mano, y sacó otros dos, idénticos, del bolsillo: los que había encontrado en los camarotes de

Omar Iben Muza y Rita Macguillicudy.

A partir de ese instante, el inteligente cerebro de Val Angelof comenzó a funcionar, llegando a las siguientes conclusiones: una persona vigila y protege a Omar y la institutriz; esa persona, por medio de los micrófonos instalados en sus camarotes, se entera de que los dos van a subir a cubierta; y cómo, además, está vigilando los pasos de esas otras personas sospechosas, y hasta posiblemente conoce los planes de esas otra personas, avisa a Henri Laverne para que suba a cubierta en el momento oportuno. Tan oportuno que esa persona, sin hacer acto de presencia, salva las vidas del muchacho y la institutriz, por el simple procedimiento de enviar allá a Laverne, en el momento oportuno. Conclusión definitiva: esa persona, no sólo está al acecho sin el menor fallo, sino que sabe o presume que Henri Laverne es en realidad un agente soviético, y lo utiliza. Sin arriesgar nada, salva a Omar Iben Muza y la institutriz, y le demuestra que está dominando perfectamente la situación, aunque no se deje ver.

—Es fantástico —exclamó Angelof, en voz alta—. Absolutamente fantástico. Es la mejor jugada que he visto en mis doce años de espionaje…

¡Riiiinnnnggg…!

El timbrazo del teléfono sobresaltó al ruso, que descolgó el auricular en el acto, de un manotazo.

—¿Si?

—Muy agradecida por tu opinión sobre mi jugada, camarada Angelof —dijo una alegre voz femenina, en ruso—. Y también, por su eficaz intervención: sabía que podía confiar en ti.

—¿Con quién hablo? —sonrió el soviético.

—¡Oh, vamos…! —rió la mujer—. No hagas preguntas tontas, camarada… ¿O debo decir colega? Sí, creo que está mejor así: colega.

—Eres muy astuta, colega —rió ahora Angelof—. ¿Podemos vernos?

—¿Quién sabe? Es decir, yo te he visto ya a ti. En cambio, tú no sabes de mí más que una cosa: ¿que te he colocado un micrófono en el camarote?

—Es cierto… ¿Debo conservarlo abierto?

—No, no… Puedes destruirlo, si lo deseas. A menos que quieras

conservarlo como recuerdo. Ahora, colega, escucha bien esto. No lo repetiré, pues colgaré enseguida. Atención: dentro de media hora… y digo media hora, no antes ni después, sal de tu camarote, baja a la primera clase, busca el camarote 26, y entra. Eso es todo.

—¿Debo…?

Clic.

Angelof no se inmutó: ya le había dicho que colgaría. Golpeó suavemente la horquilla…

—¿Diga, señor?

—Camarote K, de lujo. Acabo de tener una llamada… ¿Puede decirme desde dónde, por favor?

—Sí, señor: desde el bar Antinea, de primera clase.

—Gracias.

Colgó, miró su reloj, se sentó, y encendió otro cigarrillo.

Capítulo IX

Exactamente media hora más tarde. Val Angelof salió de su camarote, poniéndose la chaqueta, y ocultando así la pistola. Bajó a la clase primera, buscó el camarote 26, y tocó la puerta con un dedo… La puerta cedió hacia dentro.

El soviético miró a ambos lados del pasillo, no vio a nadie, y sacó la pistola. De pronto, empujó violentamente la puerta, y saltó al interior del camarote, tenso, presto para disparar inmediatamente…

Nada.

Silencio.

Se quitó un zapato, y lo tiró contra la pared. Nada, silencio.

Comprendiendo que si hubiesen querido matarlo habrían podido hacerlo ya, o, al menos, habían tenido ocasión de disparar, el agente de la MVD se incorporó, cerró la puerta, tanteó hasta encontrar el interruptor, y dio la luz. Su mirada no tuvo que recorrer mucho espacio hasta encontrar algo interesante… De espaldas a la puerta, inmóvil, lo vio en unos segundos en un sillón, con los ojos abiertos. Del centro de su garganta parecía colgar un cordoncito rojo, que se introducía en el cuello de la camisa.

Sin inmutarse, fríamente, el soviético se acercó al hombre. Lo conocía muy bien: era el tipo que había estado hablando con Rita Macguillicudy, el tal Laglen. Examinó la herida, sin tocar nada… Parecía una puñalada… Pero no. No era exactamente una puñalada. Era como… Una estocada. Exactamente: como una estocada. El agujero por el que había escapado la sangre y la vida de Laglen era diminuto, perfecto… Como un ojal pequeñito y meticuloso.

Angelof desprendió el papel que sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta del muerto, lo desarrugó, y sonrió secamente al ver las letras mayúsculas, idénticas a las del anterior mensaje:

«No se apene por el señor Laglen, era un asesino profesional, y,

naturalmente, el encargado de asesinar al príncipe y a Rita. Usted, que es un hombre fuerte, podrá sin duda expulsar por el ojo de buey tan molesto cadáver. Muchas gracias, colega. Le daré el relevo personalmente en El Havre. Suerte».

Todavía sonriente, la mirada de Angelof se alzó hacia el ojo de buey. Entonces, su ceño se frunció. Demonios aquello no iba a ser cosa fácil, pues el tal Laglen era robusto…

No obstante, cinco minutos más tarde, sudando, el agente soviético conseguía su propósito, y el cadáver pasaba por el ojo de buey, camino del mar, donde se quedaría para siempre jamás. Amén.

Echó un vistazo al camarote, encogió los hombros, comprendiendo que no iba a encontrar allí nada interesante, y se dirigió hacia la puerta. Entonces, al volverse por primera vez hacia la puerta, sí, el espía Angelof tuvo el primer auténtico sobresalto en aquella misión: colgado de la puerta por medio de una chincheta, estaba su propio retrato, ampliado al tamaño de un libro. Lo arrancó de un tirón, y durante unos segundos, estuvo contemplando su propio rostro. Bien… Aquella ampliación sólo podía haber sido hecha en los laboratorios de alguna de las tiendas de artículos fotográficos del barco… ¿En cuál de ellas, sin embargo? Fácil: sólo tenía que dar la vuelta a la fotografía, y en el dorso encontraría el distintivo.

Y en efecto, allá estaba. Pero había también algo más… Algo que hizo estremecerse al espía ruso.

Más letras mayúsculas, explicando:

INGRESA EN LOS ARCHIVOS DE LA CIA:

«Este es el agente de la MVD soviética Val Angelof, fotografiado a bordo del trasatlántico Titania *durante la travesía que se inició el día 5-10-70, en misión presumible de caza fotográfica de uno de nuestros agentes.*

Edad calculada: 36 años.

Cabellos: rubios.

Ojos: azules.

Estatura: seis pies tres pulgadas.

Detalle simpático: tiene muchas pecas.

Carácter: al parecer, amable y cordial.

Datos peculiares complementarios: dibuja magníficamente, y, salvo que mienta como un bellaco, juega digamos que aceptablemente al tenis.

A la espera de más datos, hoy, Val Angelof ingresa en el archivo internacional, europeo, y ruso, de esta Agencia Central de Inteligencia».

—Por mi madre —jadeó el ruso, pálido—. El cazador cazado. Parece… increíble…

De pronto, se irguió, casi furioso. ¿De qué se quejaba? Se lo había advertido muy bien antes de enviarlo a Nueva York en avión para tomar el *Titania* hacia Europa: iba a vérselas con Baby. No podía ser nadie más. Al menos, sus jefes habían acertado en eso: la agente Baby se había hecho cargo de aquella misión…

—Que aún no ha terminado —susurró—. Todavía no, Baby.

Salió del camarote, y se dirigió resueltamente en busca del bar que tenía el bonito nombre de Antinea. Lo encontró enseguida, entró, y se sentó en uno de los taburetes ante el mostrador. Encendió un cigarrillo, mirando alrededor, frunció el ceño. Había allí bastantes más clientes que en los bares de lujo. Lógico, ya que había más viajeros de primera clase que de lujo…

Miró hacia el extremo del mostrador, y vio el teléfono. La agente Baby tenía que haber llamado desde allí, seguro. Era terriblemente fácil hacerlo. Estaba prácticamente en el rincón, en el sitio más discreto del bar…

—¿Señor?

Se volvió hacia el camarero, que le contemplaba sonriente. Muy sonriente, con una expresión entre simpática y maliciosa, de persona que comprende muchas cosas de la vida. A Val Angelof le pareció que el camarero era tonto, o bien, que tenía grandes secretos en la vida.

—Vodka, por favor —pidió en francés.

El camarero sonrió más ampliamente… Parecía estar encantado de la vida. Llegó poco después con el vodka, que dejó ante el espía ruso. Y se quedó delante de él, mirándolo con picara amabilidad. Val Angelof frunció el ceño, bebió un trago, y, de pronto, pensó que fruncir el ceño no le iba a resolver nada, así que sonrió también, y

por cierto mucho más simpáticamente que el camarero. Parecían dos buenos amigos disfrutando de una broma.

—¿Desde cuándo está usted de servicio aquí? —preguntó Val.

—Desde las ocho, señor.

—Ah… Bien. Dígame qué le debo —sacó un billete de veinte dólares, y sonrió más ampliamente—, y, seguramente, no voy a querer el cambio, sino una respuesta a una pregunta. Cóbrese.

—Está pagado, señor.

—¿Cómo?

—Su vodka ya está pagado. Y con una propina mejor que ésa, señor… sin ánimo de molestarle.

—¿Mi vodka está pagado?

—En efecto, señor.

—¿Por quién?

—Por la señorita que me dijo que usted vendría a tomarlo, señor.

—¿Ella dijo…? ¿Y cómo sabe usted que yo soy la persona que le indicaron?

—Oh, señor, es tan fácil… La señorita me dijo que vendría a tomar un vodka un caballero rubio, gigantesco, atlético, muy guapo y de expresión simpática. Y aunque usted no es mi tipo, señor —guiñó alegremente un ojo—, debo admitir que la descripción no podía ser más exacta. La señorita se explicó muy bien.

—¿Se refiere a la señorita que estuvo hablando desde ese teléfono? —lo señaló el ruso.

—Así es, señor.

—¿Era americana?

—Oh, no, señor… Francesa. Una preciosa francesita aún más simpática que usted, señor… Sin ánimo de molestarle.

Val Angelof frunció el ceño. ¿Qué clase de propina habría recibido aquel hombre…?

—¿Cómo era ella? —preguntó.

—¿No la conoce usted, señor? —se asombró el camarero.

—Por supuesto que sí —mintió el ruso—. Sólo quiero asegurarme de que se trata de la misma persona… que yo pienso.

—Entiendo, señor. Bien… ¿Cómo era ella? No sé si va a creerme, señor: era un ángel.

—¿Un ángel?

—Sí señor. Jamás en mi vida he visto una belleza como la de ella.

—Ya… ¿Rubia o morena?

—Rubia, señor… ¡Naturalmente! Y con unos ojos verdes así de grandes. En cuanto a su… anatomía, señor, sólo le diré que no creo que exista nada semejante en el mundo.

—Sí… Comprendo. Bien, muchas gracias. Y aunque mi propina no sea tan generosa como la de ella, quisiera que la aceptase.

—¡De ninguna manera, señor! Ella me rogó que no lo hiciese. Además —se echó a reír—, me advirtió que si lo hacía, vendría a… a rebanarme el pescuezo, señor. ¡Qué simpática era, con qué gracia me dijo esta broma, señor…!

—Sí —sonrió Angelof—. Una broma, claro. Si vuelve usted a verla, salúdela de mi parte. Adiós.

—Lo haré, señor. Buenas noches.

Val Angelof abandonó el bar Antinea. No sabía si echar chispas de furia, o, mucho más sensato y deportivo, echarse a reír. En doce años de espionaje, nunca le había ocurrido nada igual. Jamás. Desde que se inició en el espionaje, las más de las misiones, no sólo habían sido peligrosas, sino sórdidas, siempre sumergido en una sorda lucha casi rufianesca… Se había convertido en uno de los mejores agentes de la MVD, pero no precisamente a costa de sonrisas, sino de sangre, de angustia, de miedo en muchas ocasiones. Sabía muy bien lo que era estar temiendo ser descubierto de un momento a otro, de modo que no podía menos de admirar a aquella mujer que iba a telefonear a un bar, y dejaba a su… adversario una copa de vodka pagada. ¡Y con qué perfección hablaba en ruso…! Su voz, por el teléfono, le había parecido, efectivamente, angelical. Nítida, suave y firme, amable… Verdaderamente, si algo recogía ahora de bueno, después de doce años de lucha, con tres balazos y dos cuchilladas en el cuerpo, era la oportunidad de enfrentarse a la más astuta y desenvuelta espía con que se había enfrentado. Y algo había que admitir definitivamente: Baby tenía no sólo simpatía, sino un auténtico espíritu deportivo.

«De acuerdo —pensó, mientras regresaba a la clase de lujo—: La pelea será deportiva».

Llegó al pasillo de los camarotes de lujo, y se dirigió

directamente al camarote G. Lógico: si Omar Iben Muza estaba en el H, y Rita estaba en el I, Baby debía tener su cuartel general en el G, es decir, protegiendo el otro flanco del príncipe árabe.

Llamó quedamente a la puerta, sonriendo. ¿Por qué no? Ambos eran de la suficiente categoría y deportividad para permitirse aquella clase de lujos.

Volvió a llamar, sin obtener respuesta tampoco esta vez… Miró a ambos lados del pasillo, y, enseguida, sin empacho alguno, introdujo en la cerradura un fino alambre que sacó del cinturón. Apenas diez segundos bastaron a Val Angelof para abrir la puerta, un par de pulgadas. Dentro, no había más que oscuridad. Abrió un poco más, acercó la boca a la ranura, y susurró:

—Soy Angelof. Vengo en son de paz.

No obtuvo respuesta. Frunció el ceño, acabó de abrir la puerta, y entró. Estaba seguro de que aquella mujer no era de las que dispararían estúpidamente contra un «colega» al que poco antes había invitado a vodka. Cerró la puerta tras él, y encendió la luz.

El camarote estaba vacío.

Pero, para asegurarse, miró en el baño. Nada. Abrió el armario, y enseguida vio la nota prendida en uno de los vestidos. Decía:

«Por favor, procura no desordenar mis cosas. Y si ya has hecho lo que tenías que hacer con Laglen y has tomado el vodka en el Antinea… ¿No crees que deberías retirarte a descansar? Saludos cordiales».

—Fantástico —sonrió Angelof—. ¡Absolutamente fantástico!

Comenzó a examinar los vestidos, todavía sonriendo… Pero su sonrisa desapareció pronto. Si esperaba encontrar alguna pista en aquel camarote, o en el armario, era mejor olvidarlo. Lo comprendió así al ver que uno de los vestidos era de un gusto exquisito, y tenía las medidas adecuadas para una jovencita espléndida. El siguiente, era bastante más basto, y, por el tamaño, correspondía a una dama gorda. El tercero, de mediana calidad, sólo podría ponérselo una muchacha más bien bajita y flaca. En el piso del armario había zapatos de tacón alto, de tacón bajo, de medio tacón… Unos más grandes que otros, unos de buen gusto, otros repelentes…

—Por mi madre —masculló Val Angelof—. ¡Yo no me muero hasta haber visto a esta mujer!

Lo dejó todo tal como lo había encontrado, excepto la nota, que se guardó en un bolsillo. Luego, se sentó en una butaquita, mirando la litera, que se veía abierta, y como si alguien hubiera estado acostado allí. ¡Qué perfección de detalles, qué elegancia y seguridad de movimientos, qué fantástico dominio de la situación…!

Tranquilamente, encendió un cigarrillo, y quedó pensativo. Por supuesto que no tenía sueño. Y le costaría dormir durante muchas noches venideras.

—Si llevase sombrero, me descubriría —mascullo, divertido—. Y lo haría con mucho gusto.

Quedó de nuevo pensativo, mientras el cigarrillo se iba consumiendo entre sus dedos. De pronto, se irguió, entornando los ojos, y un segundo después, casi lanzó una exclamación. ¡Claro…! ¡Así tenía que ser…!

Se puso en pie, tiró el cigarrillo al inodoro, y salió del camarote G… para detenerse un instante después ante la puerta del I. Llamó con los nudillos, también quedamente. Segundos después, repitió la llamada… casi al mismo tiempo que se oía la soñolienta voz de Rita Macguillicudy al otro lado de la puerta:

—¿Qui-qui-quién es…?

Angelof acercó su boca a la ranura.

—No es hora de tartamudear, Rita.

La puerta se abrió, y la institutriz quedó visible para el ruso, que miró casi hoscamente el largo, cerrado, tupido camisón de un tristón color azul oscuro. Rita le miraba con los ojos muy abiertos.

Crispada su boca en una mueca de preocupación.

—¿Puedo pasar? —farfulló Angelof.

—¿Qué… qué quieres…?

El ruso, cerró la puerta, y miró a su alrededor. Por fin, fue a sentarse en el borde de la litera, dio unas palmaditas a su lado, sobre las sábanas.

—Ven aquí, Rita.

—No…

—Ven aquí.

—Yo… yo-yo… no quiero… estar con…

—¡No digas tonterías! Y ven a sentarte. Tenemos que hablar. ¿Vienes, o voy a buscarte?

Rita Macguillicudy se acercó a la litera, y se sentó lo más lejos

posible de Angelof. Lo miró, se sonrojó, y bajó la cabeza. El ruso sonrió al contemplar sus largos cabellos castaños, su cuello fino y bonito… En cuanto a la verruga, debía poder suprimirse, sin duda. Un buen cirujano… De pronto, Angelof frunció el ceño.

—¿Cómo sabía Baby que yo debía subir a la cubierta de botes a las diez y cuatro minutos exactamente? —preguntó bruscamente.

—¿Qué…? ¿Quién…?

—Estoy hablando de Baby. De la mujer que viaja en este barco como protección vuestra.

—No… no viaja…

—Rita: es tarde, no quiero molestarte mucho. Pero no voy a irme de aquí sin respuestas a mis preguntas. Al decir Baby sabes muy bien a quién me refiero… ¿O no?

—Es que… esa mujer no… no se llama Baby…

—Ah… ¿Cómo se llama?

—*Miss* Paz.

—¿*Miss* P…? Oh, está bien, está bien… Tampoco soy tan iluso de pretender averiguar su verdadero nombre tan fácilmente. De acuerdo, la llamaremos *miss* Paz. Ahora, repetiré mi pregunta, y quiero una respuesta… sin tartamudeos: ¿cómo sabía… *miss* Paz que el ataque contra ti y Omar Iben Muza se produciría precisamente a las diez y cuatro minutos?

—Yo… yo se lo dije…

—¿Y cómo lo sabías tú?

Rita Macguillicudy miró a Angelof, y, de pronto, escondió el rostro entre las manos, sollozando. El ruso se acercó a ella, y le pasó un brazo por los hombros, afectuosamente.

—Vamos, vamos, Rita… No debes temer nada. No de mí, al menos. Por mi parte, tengo una misión muy específica e invariable en este viaje, y no pienso apartarme de ella salvo que así lo exijan las circunstancias. No estoy aquí para perjudicarte a ti… Por el contrario, ya te dije…

—Fue… fue horrible, Val… ¡Horrible!

—¿A qué te refieres?

—Querían… querían tirarme a mí también al mar…

—Evidentemente. Eso no es sorprendente, querida mía.

—Pero ellos… ellos me habían dicho que… que…

—¿Ellos? ¿Te refieres a Laglen y sus dos asesinos?

—Sí…

—Rita: ¿estabas en complicidad con ellos?

—Sí… Bueno, no… Quiero… qui-qui-quiero de-decir…

—¡Di lo que sea, pero sin tartamudear, por mi madre! Te lo suplico: ¡no tartamudeces más!

—Lo… lo intentaré. Todo empezó en Estados Unidos, cuando vinieron a ofrecerme cien mil dólares por mediación de un antiguo conocido de Saamadia, llamado Mustafá Dirama, para que colaborase en el… en el asesinato de Omar…

—¿Aceptaste?

—Sí.

Rita Macguillicudy miró entonces fijamente a los ojos de Val Angelof, pero no vio en ellos nada: el rostro del espía soviético se había convertido en una inexpresiva máscara.

—Sigue —instó él.

—Esa mujer, *miss* Paz, llegó cuando yo tenía que entrevistarme con Mustafá Dirama, y lo mató. Le encontró encima el cheque por cien mil dólares contra un banco de Suiza, y aunque al principio pareció creer que era el precio que había cobrado Mustafá por asesinar a Omar, luego lo… lo pensó mejor, y me descubrió. Dijo que… que nadie que vaya a cometer un asesinato, lleva encima un cheque como aquel, sino que lo deja en lugar seguro. También procura no llevar encima documentación alguna, sobre todo, en casos de asesinatos premeditados de índole política; y, sobre todo, no se mete en un avispero de agentes de la CIA, él solo, con la vana pretensión de poder matar a la víctima con pistola. Diferente habría sido con una bomba, por ejemplo…

—Total: que *miss* Paz llegó a la conclusión de que aquel hombre no había ido allí a matar a nadie, sino a pagar a alguien determinados servicios. Por eso llevaba el cheque, por eso se metió en el avispero: porque no pensaba molestar a las avispas, sino entregar el cheque, darte instrucciones y marcharse. ¿Es eso?

—Sí… ¡Sí, sí! Ella… Esa mujer… lo pensó así, y, ya en Nueva York, me… amenazó. Es una fiera, Val… ¡Es una mujer horrible!

—No tanto, por lo que me han dicho de su belleza —sonrió secamente el ruso—. Pero de eso hablaremos luego. ¿Qué más pasó?

—Tuve que confesarlo todo. Entonces, esa mujer me dijo que podía elegir entre ser denunciada y entregada a los fieles de Omar

Iben Muza —Rita se estremeció—, o colaborar con la CIA. Yo elegí ayudarles… Entonces, ella empezó a pedir cosas a los dos hombres que estaban con nosotros preparando los pasaportes falsos…

—¿Qué cosas pidió?

—Oh, pues… Vestidos diferentes, zapatos… Además, exigió que se le consiguieran dos camarotes de primera clase en el *Titania*, separados, a nombres distintos… No… no entendí muy bien todo aquello, Val…

—Yo sí lo entiendo, no te preocupes. ¿Qué más?

—Bueno… Vinimos al barco, y yo seguí las instrucciones de esa mujer: permanecí tres días en el camarote. Luego, me dejé ver. Ella me… me había dicho que, puesto que los que querían asesinar a Omar sabían que íbamos a viajar en el *Titania*, estarían aquí, y que vendrían a pedirme explicaciones de lo sucedido a Mustafá Dirama. Y así fue. Laglen me… me citó en el comedor, cenamos juntos preparándolo todo…

Rita Macguillicudy explicó todo lo sucedido, escuchaba muy atentamente por el espía soviético, que iba asintiendo con la cabeza. Al terminar ella, Angelof permaneció en silencio unos segundos, antes de musitar:

—Entonces, tú avisaste a *miss* Paz y ella te dijo que subieses a la cubierta de botes con el muchacho a la hora convenida con Laglen… Mientras tanto, ella, utilizando tu nombre, se aseguró de que yo estaría allí en el momento oportuno, enviándome una nota… Muy bien preparado, pero arriesgado, ¿no crees? Puso en juego tu vida y la del príncipe…

—No, no, Val… Nos dio a Omar y a mí una especie de… de chalecos contra balas, y los llevamos bajo la ropa… ¿Quieres ver el mío? —Fue al armario, lo descolgó, y se lo llevó al ruso, que miró con seca sonrisa la prenda, fina, pero toda una muralla contra balas corrientes—. Además, dijo… dijo que en todo momento, ella estaría cerca de nosotros, por si algo fallaba…

—¿Y estaba cerca? ¿La viste?

—No… Pero si ella lo dijo, es que estaba… Tú no la conoces… Es… es fría, metódica, implacable… ¡Siento escalofríos cada vez que pienso en ella!

—Está bien, cálmate —susurró el ruso, manoseando el chaleco de fina fibra de titanio—. Parece que esa mujer es capaz de

prevenirlo todo, en efecto… Todo. Pero, aun así, no veo por qué tuvo que arriesgar vuestras vidas… ¿Qué perseguía con ello? ¿Te parece que puede ser una… loca, Rita?

—No, no… Eso no. Dijo que con los chalecos no debíamos temer nada, pero que, además, ella estaría tan cerca y preparada que si era necesario podía matar tres hombres en menos de dos segundos.

—Eso no lo dudo —aceptó sombríamente Angelof—. Pero aún no me has dicho qué pretendía con hacernos correr ese riesgo.

—Quería saber quiénes eran los asesinos que iban en el barco, para eliminarlos, y no temer ya nada de ellos…

—Entiendo —Angelof se estremeció ligeramente—. Y lo ha conseguido. No sólo están muertos los dos de la cubierta de botes, sino que ella, personalmente, se encargó de su jefe, el tal Laglen: le metió un estoque en la garganta.

—¡Dios mío! Ya… ya te he dicho que es una mujer… horrible…

—No necesariamente. Ella está haciendo su trabajo. Y, ¡maldita sea!, ahora comprendo que lo está haciendo estupendamente. No ha perdido el control de la situación ni un solo momento. Quizá tú no lo entiendas así, Rita, pero esa mujer, profesionalmente hablando, es formidable. Dime: ¿qué pasará contigo cuando el viaje termine?

—Ella me prometió que si los ayudaba, si… si hacía todo lo que he estado haciendo, me daría los cien mil dólares, y me dejarían marchar, que no me molestarían.

—Es muy generosa. Y tengo la impresión de que es persona que cumple lo que promete… En cuyo caso, de acuerdo a lo que me decía en la nota que he encontrado en el cadáver de ese Laglen, ella tendrá que darme el relevo de Omar Iben Muza personalmente en El Havre. Veremos si es capaz de cumplir también eso. Mientras tanto, y puesto que el peligro ha terminado…

—¿Terminado? —exclamó la institutriz.

—Claro. Si han muerto Laglen y sus hombres…

—Pe-pero Val, ella… ella me dijo que había en el barco más personas implicadas en esto… Las personas que por medio de Mustafá Dirama me… me sobornaron a mí en Estados Unidos, y que son las mismas que han estado dando instrucciones a Laglen, aquí, en el barco…

Val Angelof se mordió los labios.

—Entiendo… Charo, debí pensarlo así.

—Tengo miedo, Val… Tengo miedo de todo, ahora…

—Bueno —sonrió él—. No quisiera parecerte fanfarrón o grandilocuente, pero no debes temer nada mientras yo esté contigo.

—No tengo miedo cuando estás tú, no… Pero ahora, tú te irás, y…

—¿Por qué?

—Por qué… ¿qué?

—¿Por qué he de irme, Rita?

Rita Macguillicudy miró con los ojos muy abiertos al espía ruso. De pronto, sus labios temblaron, y abatió la cabeza.

—Val —susurró—. No debes… decir eso…

—No tengo nada que hacer en mi camarote. Puedo… hacerte compañía hasta el amanecer.

—Te estás… burlando de mí…

—No. ¿Qué tiene de extraño que te ame? Rita, hay algo… extrañó en todo esto. No sé qué puede ser, pero lo percibo. Los espías tenemos un sexto sentido, y el mío me dice que todo… tiene… una extraña dulzura en este asunto… Y creo que eres tú Rita: olvídalo todo, incluso esos cien mil dólares. No soy un hombre rico, pero puedo… darte lo que necesites. Sólo tienes que desembarcar en El Havre, y marcharte con mis compañeros que están esperando a Omar… Sólo… tienes que esperarme en Moscú, Rita. Sólo eso.

—¡Val!

—¿Qué contestas?

—Por Dios, yo… yo no sé qué decir… Todo esto me… me pa-pa-parece… un sueño…

—No tartamudees —sonrió él, tomándole la barbilla—. ¿Qué contestas?

—No sé… Todo esto… es tan hermoso para mí… En cuanto te vi, sentí que… que… Fue como si mi sangre empezase a circular de nuevo, como si mi… mi corazón empezase a latir de nuevo, como si mi… mi corazón empezase a latir con una fuerza desconocida…

—Conozco esos síntomas —susurró él…

—Val —ella suspiró profundamente…

—No —negó él, en un susurro—. No, Rita, esperaremos a estar juntos en Moscú. Buenas noches.

Ella cerró los ojos, y sus labios temblaron. Val Angelof los besó,

lenta, profundamente, despacio, largamente… Cuando salió del camarote de Rita Macguillicudy un par de minutos más tarde, el espía ruso también pensaba que su sangre había comenzado a circular de nuevo, y que su corazón latía, en su atlético pecho, con una tremenda, casi dolorosa fuerza desconocida.

Capítulo X

—Aquí tiene, señor.

—Gracias.

En la tienda de artículos fotográficos de la segunda cubierta, Val Angelof tomó el sobre que le tendía el empleado. Lo abrió, y sacó las fotografías ampliadas. Se quedó contemplando, sonriente, el rostro de Rita Macguillicudy, mientras notaba aquella sensación cálida en su pecho. Qué extraño era todo… Rita no era bonita, no… Y sin embargo…

—¿Merecen su aprobación, señor?

Angelof alzó vivamente la cabeza, y sonrió al empleado.

—Oh, sí… Están muy bien reveladas, gracias. Y las ampliaciones son magníficas. Un buen trabajo.

—Es usted muy amable, señor… Oh, aquí tiene el microfilme —sonrió anchamente—. Parece cosa de espías, ¿verdad?

—Lo parece —rió Angelof—, pero se trata solamente de una broma. Me vendieron en Estados Unidos este encendedor que tiene dentro una cámara fotográfica, y he querido comprobar si funcionaba.

—Vaya si funciona, señor. Yo entiendo de estas cosas, y le aseguro que ese encendedor vale lo que haya pagado por él.

—Me alegra saberlo. Ah, se me olvidaba: creo que ayer vino una señorita para que revelasen aquí unas fotografías mías… Quizá no lo recuerde usted…

—Lo recuerdo perfectamente. Ustedes están intercambiando una divertida broma, no cabe duda.

—¿Ah, sí? ¿A que se refiere?

—Es que la señorita que vino a revelar las fotografías de usted también tenía un encendedor parecido a ése. Bueno, era… más lujoso: oro, brillantes, platino… ¡Yo qué sé! Una joya, señor.

—Sí, sí. ¿Es esta la señorita que vino a revelar las fotografías

mías? —Mostró los retratos de Rita Macguillicudy, esperando la reacción del empleado, que se produjo al instante.

—¡Desde luego que no, señor!

—Oh, pues entonces… no caigo en quién pueda ser… Es que viajamos juntos varios amigos y no sé… ¿Cómo era ella? ¿Rubia?

—No, no…

—¿No? —Quedó estupefacto el ruso.

—No, señor.

Angelof recordó la descripción que le había hecho el camarero del Antinea la noche anterior, y frunció el ceño.

—¿No era una rubia de ojos verdes… así de grandes, y con una… anatomía… digamos —movió las manos en el aire muy expresivamente, intentando sonreír— más o menos así…? Usted me entiende…

—Le entiendo, señor —sonrió el empleado—, pero hace tiempo que no veo por aquí un bombón semejante. No. La señorita que vino a revelar y ampliar fotografías de usted era de mediana estatura, regordita, ojos oscuros, cabellos cortos y… negros, diría yo.

—¿Regordita… y ojos negros… y…?

—Sí señor, la recuerdo muy bien, por que era muy simpática.

—Ah, sí… Ya… bien: ¿qué le debo?

—Nada, señor.

—¿Nada?

—Claro. La señorita de que estamos hablando dijo que usted vendría hoy a revelar unas fotografías aquí, y quiso gastarle la broma de pagar ella el trabajo, por anticipado. Ustedes lo están pasando en grande en este viaje, ¿no es cierto?

—Sí —sonrió Angelof, como si le doliera el estómago—. Sí, lo estamos pasando… en grande. Bien: gracias por todo, y adiós.

—Adiós, señor, y no pierda ese encendedor: es una joya, se lo aseguro.

Val Angelof salió de la tienda de artículos fotográficos poco menos que echando chispas, y con unas ganas terribles de tirar el encendedor contra una pared. En efecto, una joya de la industria fotográfica rusa: no había fotografía, en cualquier momento y con cualquier momento y con cualquier luz, que aquella pequeña cámara oculta no pudiera tomar. Pero… ¿de qué le servía, si no había visto una sola vez a Baby, y las dos descripciones que tenía

eran completamente diferentes, y ni siquiera podía hacer un dibujo basándose en ellas para luego fotografiarlo y…?

—¡Un dibujo! —exclamó en voz alta, en pleno pasillo—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

* * *

¡Riiinnnggg…!

Rita Macguillicudy y Omar Iben Muza volvieron la cabeza, un poco sobresaltados, hacia el teléfono. La institutriz dejó el libro sobre la brillante mesita, y atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

—Oh, sí, Val… Soy yo. ¿Qué…?

—¿…?

—¿A tu camarote? ¿Ahora?

—…

—Bien… Sí, sí, enseguida.

Colgó el auricular, y se volvió hacia el muchacho, que la contemplaba atentamente.

—¿Es el espía ruso? —preguntó.

—Sí… Vuelvo enseguida. No abras a nadie.

—Descuide.

Rita Macguillicudy salió del camarote, recorrió el pasillo, y se detuvo ante la puerta K, que se abrió inmediatamente. Entró… y se encontró en los brazos de Val Angelof, que en el acto la besó en la boca, apretándola fuertemente contra él…

—Val —pudo jadear ella, al fin, brillantes los ojos—. Si sigues besándome así, no… no llegaré viva… a Moscú…

—¿Todavía me amas? —susurró él.

—¡Oh, sí! ¡Sí, Val!

—Bien —él la besó de nuevo en la boca, la apartó, y la miró críticamente—. Vas a tener que demostrármelo, Rita.

—¿De-de-demos…?

—No tartamudees. ¿Tú viste a… Paz, realmente?

—Claro…

—Bien. Siéntate. Y quiero que me pongas toda tu atención, Rita. Toda tu atención. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, Val, desde luego…

La institutriz se sentó, y Val Angelof se colocó ante ella sosteniendo dos hojas de su block de dibujo. De pronto, las volvió hacia la señorita Macguillicudy, mostrando los dos rostros que había dibujado.

—¿Cuál de éstas es ella?

—¿Ella?

—*Miss* Paz.

—Oh, sí… Pe-pe-pero no… no es ninguna de estas, Val…

—¿Ninguna? —Palideció el ruso.

—No… No, ella no… no es así…

—¿Cómo es?

Rita Macguillicudy inclinó la cabeza, sin responder. Val Angelof frunció el ceño, y se arrodilló ante ella, tomándole las manos.

—Rita: ¿Cómo es?

—No puedo decírtelo, Val.

—¿Por qué no?

—Ella… ella me advirtió que tú me lo preguntarías, y me… me amenazó, me… me dijo que… si te lo decía era capaz de hacerme… de hacerme…

—De hacerte, ¿qué?

—Picadillo.

—¡Picadillo! —exclamó Angelof—. ¡Qué tontería! Oh vamos, vamos, Rita… Estás conmigo, no debes temer nada… Escucha, quiero que sepas la verdad: me enviaron desde Moscú exclusivamente para obtener fotografías de *miss* Paz, y debo conseguirlo, Rita… ¡Debo conseguirlo, sea como sea! Puesto que ella no se ha dejado ver ni un momento por mí, tengo que hacerle un retrato… ¿Comprendes lo que es eso? Tú tienes que decirme cómo es, detalle por detalle…

—Val, ella… ella se portó muy bien conmigo, en el fondo… Si no me fuese contigo a Rusia, podría irme a vivir a Italia, o a España, tranquila para el resto de mis días…

—Es muy posible que te esté engañando, Rita.

—No, no, Val, no… Creo… creo que me iría a Portofino, a una casita que vi hace tiempo… Está junto al mar, hacia el Norte, muy cerca de una pequeña caleta… Es un lugar maravilloso…

—Rita: tengo que conseguir ese retrato.

—¿Qué… qué te pasará si no lo consigues?

Val Angelof abrió la boca, dispuesto a soltar la más grande y atroz mentira que se le ocurriese. Pero dijo:

—Seguramente, nada. Comprenderán muy bien que no haya podido conseguirlo. Sólo sería… Un fracaso en mi trabajo. Para ellos, sólo eso. Para mí sería… una espina que tardaría mucho tiempo en poder arrancarme.

—¿Y si te digo cómo es ella…?

—Seré felicitado con gran entusiasmo. Esa mujer, Rita, es enemiga de Rusia…

—Ella me dijo que no era enemiga de nadie.

—Escucha… No quiero discutir contigo… Nos queremos, y eso es suficiente para mí. Pero me gustaría poder explicarte lo que… lo que sentiría yo ante este fracaso. Tú no eres espía, Rita, no sabes lo que sentimos… Yo siento admiración por *miss* Paz, pero tengo que cumplir lo que me ordenaron. Es mi deber… ¡Hasta ella lo entendería!

—¿*Miss* Paz lo entendería?

—¡Claro!

—Bueno… No sé…

Val Angelof tomó rápidamente el block, se sentó delante de Rita, pero cambió de idea, y arrastró el sillón junto al de ella.

—Tú irás dictando los rasgos, y corrigiéndome sobre la marcha… Sólo eso. Después de esto, tenemos todo el día por delante para nosotros. No se hablará de espionaje, de nada…

Miss Paz debe saber quién es el hombre que pagó a Laglen y los otros. Dejaremos que ella termine el trabajo, que acabe de cumplir su parte. Tú y yo, después de hacer el retrato, sólo pensaremos en nosotros. Y mañana… mañana, en cuanto lleguemos a El Havre, saldrás hacia Moscú, en un avión especial.

—¿Y tú?

—Yo me reuniré contigo muy pronto.

—No debería hacerlo…

—¿Cabeza redonda? —susurró Angelof, lápiz en ristre.

—No… Más bien… un poco larga. Sí… Tiene… tiene una barbilla larga, fuerte…

—¿Así?

Angelof trazó el contorno de una cabeza vista de frente, y Rita

Macguillicudy, tras mirarlo, asintió.

—Sí… Algo así.

—¿Cabellos largos o cortos?

—Oh, muy cortos… Sí, son cortos, en melena…

—¿Así?

—Sí… Un poco más cortos… Eso es…

—¿Nariz recta, respingona…?

—Un poco… aquilina… y algo gruesa… Algo así, sí…

—¿Boca?

—Oh, muy… muy grande… Labios muy delgados… Sí, eso es, un poco más grande aún. Parece… parece como un cepo…

—Entiendo… ¿Mejor ahora?

—Sí… Oh, sí…

—¿Ojos grandes o pequeños? ¿Juntos o muy separados…?

—Son más bien pequeños, y están bastantes juntos. Tiene una mirada… penetrante… Como un águila. No, no, las cejas no son finas, sino más gruesas, un poco hirsutas…

Val Angelof acabó el retrato en su primera fase, le echó una ojeada, y se estremeció. Con aquella cara, la agente Baby podía matar a cualquiera de un susto. Miró los otros dos retratos que había hecho, y movió la cabeza, irritado. Una rubia preciosa, una regordita insignificante, una… bruja de mirada penetrante…

—¿Estás segura de que es así? —musitó.

—Sí… Sí, Val, segura.

—Tres aspectos diferentes por completo. Y estoy seguro de que ninguno es el verdadero… Vamos a dejarlo, Rita.

—¿Ya no quieres saber cómo es?

—Quiero saberlo. Pero sólo me queda una oportunidad: verla yo mismo.

—Pero ella no… no se dejará ver…

—Lo hará. Dijo que me entregaría personalmente el relevo de la custodia del muchacho al llegar a El Havre. Y sé que va a cumplirlo. Es mi última oportunidad… y no pienso dejarla escapar. Mientras tanto —hizo poner en pie a la institutriz—, sólo vamos a pensar en nosotros hasta que lleguemos a El Havre.

* * *

—Rita, sería bueno que… ¿No está?

Omar Iben Muza, que había abierto la puerta tras asegurarse de que quien llamaba era Val Angelof, movió negativamente la cabeza.

—No señor. Ha salido.

—¿Ha salido? Estamos llegando a El Havre… Sería mejor que se ocupase de los equipajes de ambos, Alteza.

—Oh, eso ya está hecho, señor Angelof. Todo está listo y preparado.

—Bien… ¿Adónde ha ido?

—Pues creo que ha ido a comprarme un regalo de despedida, abajo, a una de las tiendas. Sentiré separarme de ella, pues últimamente estaba muy… amable y agradable.

—Sí, entiendo…

—Espero que sus amigos estén esperándonos, señor Angelof, y que me lleven de viaje con la misma seguridad que hasta ahora.

—Por supuesto, Alteza. Todo está preparado también por esa parte. Sólo tendremos que pasar la revista de pasaportes, tomar un coche, y mis compañeros lo llevarán hasta un avión especial. No hay cuidado.

—Espléndido. Me gustaría poder decirle, señor Angelof, que cuando ocupe el trono, convenceré a mis consejeros para que muestren gran amistad hacia Rusia… Sin embargo, tampoco puedo olvidar que los americanos han hecho mucho por mí.

—Lo entiendo —sonrió Angelof—. Su Alteza sabe pensar, y eso es bueno. Rusia estará encantada con la amistad de Saamadia.

—¿Aún compartiéndola con Estados Unidos?

—Pues… Mmmm… Bueno, si no hay más remedio…

—Usted también es simpático, señor Angelof. Mucho. Casi tanto como ella, como *miss* Paz… ¿Todos los espías son iguales?

—Temo que no —rió Angelof—. A propósito, Alteza: ¿Cómo es *miss* Paz? ¿Rubia, morena, alta, baja, fea, gorda…?

—Juré por el Corán que jamás se lo diría a nadie, señor Angelof. Es más: a partir del momento en que nos separemos, nunca deberé demostrar que la conozco si volvemos a vernos, a menos que ella inicie el acercamiento.

—Entiendo. Bien —miró su reloj—. Espero que Rita no tarde demasiado. Ya debería estar aquí…

* * *

—¿Quién es? —preguntó Hamid Douna.

—Servicio, señor —replicó una voz femenina, en el pasillo.

—Servicio a estas horas, llegando a destino —refunfuñó Hamid, mirando al gordo Muhammad Fijek—. ¿Abro?

—A ver qué quiere… Y será mejor que vayas ya a cubierta de lujo. Es nuestra oportunidad, Hamid. No falles tú también.

—Es extraño lo de Laglen… Ha desaparecido… Yo me encargaré ahora mismo del príncipe. Y no fallaré…

—¿Señor? —Volvió a oírse la voz, al tiempo que se repetía la llamada a la puerta.

—Deja entrar a esa estúpida y ve a matar a Omar —gruñó Fijek.

Hamid asintió con la cabeza, abrió la puerta… Soltó un respingo al ver a la mujer, que, ciertamente, no era la camarera, ni nadie parecido.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella.

Hamid volvió la cabeza hacia Muhammad Fijek, que se había enderezado en el sillón. Tras los negros cristales, los ojos de Fijek escrutaban fríamente a la persona.

—Déjala pasar. Si no me equivoco, por las descripciones que tenemos de ella, es la señorita Macguillicudy… ¿No es cierto?

Hamid había cerrado la puerta, y la señorita Macguillicudy, apretando nerviosamente su paraguas, estaba ya en el centro del camarote.

—Es cierto, señor Fijek.

Muhammad se quitó los lentes, dejando al descubierto sus ojos oscuros, brillantes, que parecían hundirse en el abultado rostro. Miró cada vez más fríamente a la institutriz, de arriba a abajo.

—Bien… Quizá ha venido a explicarme por qué el Príncipe sigue vivo y en cambio no tengo noticias de Laglen.

—Sí… A eso he venido, señor Fijek.

—¿Cómo sabe mi nombre? Le prohibí a Laglen que lo mencionara. Y… ¿cómo ha encontrado este camarote?

—Seguí la otra noche a Oscar Laglen, y lo vi entrar aquí. Luego, me enteré de los nombres de los ocupantes del camarote: Muhammad Fijek y Hamid Douna. ¿Exacto?

—Sí. ¿Dónde está Laglen?

—Donde usted quería que estuviese yo anteanoche, señor Fijek. Esto es, en el fondo del mar. Cuando sus hombres fracasaron y murieron, él se vino corriendo a su camarote, como un conejo asustado a la madriguera… No sabía qué hacer. Y yo… le saqué de dudas.

—¿Lo mató?

—Sí.

—Bien… Quizá sea cierto. ¿Por qué no? Pero si hizo tal cosa, y sabe lo que yo pretendía respecto a usted, no comprendo… qué es lo que pretende al venir aquí. ¿Dinero, quizá?

—Todo su dinero, señor Fijek. Ya no me conformo con cien mil dólares.

—Oh bueno, señorita Macguillicudy, temo que usted ha… sobreestimado sus fuerzas, ¿no le parece?

—Jamás cometo esa clase de imprudencias. Ahora, señor Fijek, usted va a entregarse su dinero… o lo buscaré yo misma.

—No lo encontraría nunca —rió Fijek—. Vamos, vamos… ¿qué es lo que realmente pretende al venir aquí, señorita Macguillicudy? Ya tiene suerte de estar con vida… ¿Por qué complicársela? Si no estuviésemos tan apurados de tiempo, le ordenaría a Hamid que se encargase de usted, pero tenemos algo más importante que hacer, hay que desembarcar… Aproveche la fortuna que ha tenido y márchese, o…

—¿O…?

—O Hamid se encargará de que no salga con vida de aquí.

—Tonterías —sonrió fríamente la institutriz—. Tonterías, señor Fijek.

El gordísimo árabe entornó de nuevo los ojos.

—Tiene tres segundos para salir de aquí, señorita Macguillicudy… Aunque, pensándolo bien, usted cabría en uno de mis baúles… Cabría de sobra, pues son grandes, grandes… ¿Por qué dejarla viva por ahí, con la lengua tan suelta que tiene? Puedo meterla en uno de los baúles, y… enterrarla en Saamadia. ¿Qué le parece? Los baúles irán directos hacia allí, todo está preparado.

—Es una buena idea —aprobó la institutriz—, pero dudo que pueda ponerse en práctica.

Muhammad Fijek miró a su acompañante.

—Mátala, Hamid —susurró.

La mano derecha de Hamid salió del bolsillo, se oyó un chasquido, y la hoja de la navaja apareció, brillante a la luz que penetraba por el ojo de buey. Muy cerca, se veían ya los muelles de El Havre.

—Acaba pronto, que no grite.

Hamid blandió la navaja, saltó hacia la señorita Macguillicudy… y quedó ensartado por la garganta en la punta del paraguas de la institutriz, por donde había aparecido un finísimo estoque, que, durante un par de segundos, mantuvo en pie al fulminantemente muerto Hamid Douna, cuyos ojos se habían abierto desmesuradamente. La navaja cayó al suelo después de ese par de segundos, y entonces, la señorita Macguillicudy arrancó el estoque de un tirón, y se volvió hacia Muhammad Fijek, colocándole la punta en la garganta… Mientras Hamid se desplomaba.

—El dinero, Fijek, o…

—Espere… ¡Espere! —chilló Fijek—. ¡Está en el armario, en un maletín especial!

—Muy bien.

La señorita Macguillicudy dejó su paraguas-estoque sobre la mesita, fue al armario, lo abrió… y se volvió al oír el jadeo del gordo personaje. Lo encontró con el paraguas ya en la mano, apuntando la fina hoja hacia ella.

—Quieta ahí —jadeó—. La voy a… la voy a…

Se lanzó contra ella, como una bola de grasa que llegase rodando. La señorita Macguillicudy, se apartó, con una serenidad escalofriante, y la aguda hoja del estoque se clavó en la puerta del armario… Resoplando, casi chillando, Fijek comenzó a tirar con fuerza del mango del paraguas… Por fin, con un rugido de triunfo, lo arrancó, se volvió, y vio a la institutriz junto al cadáver de Hamid, mirándolo con una socarrona sonrisa muy especial.

—La voy a…

El brazo derecho de la señorita Macguillicudy se movió, tan velozmente, que Muhammad Fijek solamente pudo ver una cosa brillante que salía disparada de su mano. Una fracción de segundo después, tenía hundida en la garganta la navaja de Hamid.

Se quedó en pie, jadeando roncamente, desorbitados los ojos. Su regordeta mano soltó el paraguas. Cayó de rodillas, luego de lado… La señorita Macguillicudy fue hacia él, le desabrochó la camisa, le

subió la camiseta, y retiró rápidamente el cinturón de fina piel que Muhammad escondía allí.

Abrió algunos de los compartimientos, y sonrió al ver los fajos de billetes de mil dólares. Se incorporó.

—*Voilá*! —sonrió de nuevo—. Lo que no va a ser tan fácil, gordinflón, es meterte en un baúl. Pero apuesto a que lo consigo, y que llegas «sin novedad» a Saamadia. Bien, manos a la obra, que hay un poco de prisa ya…

* * *

—¿Qué te ha pasado? —exclamó Angelof—. ¡Creíamos que te habías perdido en el barco!

—Lo… lo siento, Val… Oh, Alteza, aquí… aquí está mi regalo de despedida…

Tendió el paquete a Omar Iben Muza, que lo tomó con un gesto de agradecimiento.

—Lo conservaré siempre conmigo, señorita Macguillicudy… Muy agradecido.

—Yo también estoy muy agradecida a Su Alteza por todo —sonrió la institutriz—. Fue emocionante todo esto, ¿no es cierto?

—Mucho. He aprendido muchas cosas en este viaje. Nunca la olvidaré a usted.

—Lamento interrumpir —se impacientó Angelof—, pero deberíamos disponernos a desembarcar. Ya han colocado la pasarela… No busques los equipajes, Rita: ya me he encargado yo de ellos… Mis amigos los recogerán cuando los desembarquen.

—Bien… Bueno, podemos salir ya… No… No sé si me dejo algo… Siempre tengo esa impresión… En fin, salgamos… La cubierta debe estar llena de pasajeros para desembarcar…

—Desde luego. Y ya hace rato de eso. ¿Vamos?

Salieron del camarote, camino de la cubierta donde había sido colocado para los pasajeros de la clase de lujo la correspondiente pasarela. Estaban ya entre las excitadas personas dispuestas a desembarcar en pocos segundos, cuando la señorita Macguillicudy lanzó una exclamación.

—¡Lo sabía! —Dio un gritito.

—¿Qué ocurre? —Frunció el ceño Angelof.

—El libro de Historia de Caldea… ¡Lo olvidé en la mesita de noche!

—Déjalo. Ya comprarás…

—No, no… Oh, Val, perdóname… Voy a buscarlo. ¡Vuelvo inmediatamente!

—Está bien… Date prisa.

—Sí… ¿Has visto ya a tus compañeros?

—Desde luego… Están esperándonos. Y ellos nos han visto a nosotros… Vamos, date prisa, Rita, por favor.

—Sí… Vuelvo enseguida. Cuida de Su Alteza, por favor.

—Sí, mujer…

Rita Macguillicudy sonrió, se besó un dedito, y sopló en la yema, tirando el beso hacia Val Angelof, que sonrió. Luego, la institutriz desapareció entre la gran masa de personas que esperaban, impacientes por desembarcar…

Diez minutos más tarde, en el extremo de la pasarela, solamente estaban Val Angelof y Su Alteza Omar Iben Muza; éste, muy tranquilo. Pero el agente ruso, cada vez más pálido y demudado… La verdad… porque se resistía a admitirla. Y a cada segundo, su palidez era mayor, más intensa…

—¿Me permite?

—Perdón —susurró, apartándose de la salida.

Normalmente, habría dedicado una gran atención a tan bellísima pasajera, que, demostrando gran elegancia, no parecía tener ninguna prisa en desembarcar… Valía la pena: buena estatura, un cuerpo sensacional, una larga cabellera negra, unos enormes, grandiosos ojos azules… Descendió por la pasarela con una gracia absoluta, agitando la manita derecha hacia un caballero que parecía esperarla, evidentemente. En la mano izquierda, llevaba un curioso y bonito maletín rojo con florecillas azules… Pero, apartando su mirada un tanto distraída de tan sensacional criatura, volvió a mirar hacia la entrada a los camarotes.

De pronto, bajó la mirada hasta el muy paciente príncipe Omar Iben Muza, que sonreía de un modo raro…

—¿Algún buen recuerdo, Alteza? —murmuró Angelof.

—En efecto. ¿No desembarcamos?

—Creo… creo que iré a ver si a Rita le ha ocurrido algo…

Era su última esperanza. Pero Omar lo desengañó.

—Oh, ella debe haber desembarcado hace ya rato, señor Angelof. ¿Quiere la carta ahora?

Val Angelof tragó saliva, no sin dificultad.

—¿Qué… qué carta?

—La que ella me entregó para usted.

—¿Ella? ¿Rita?

—Sí, Por favor, léala y desembarquemos ya.

Angelof tomó el sobre, y lo abrió. Notaba tensos todos los músculos de su cuerpo, y las sienes le latían fuertemente. Al mismo tiempo, notaba en su rostro el frío de la cada vez más intensa palidez. Cuando leyó la carta, ya no podía estar más pálido. Nada que reprochar a nadie: solamente, a sí mismo. Debió comprenderlo antes, cuando Rita dijo que se había olvidado el libro, y le pidió que cuidase de Omar… Le había dado, personalmente, el relevo, tal como había prometido… Nada que reprochar. Ella había jugado bien, había podido estar en todas partes en el momento oportuno, con magníficas coartadas, disfrazándose a su antojo, pues disponía de dos camarotes en primera clase. En todo momento había tenido ante sus narices a Baby, mientras la auténtica Rita Macguillicudy estaba detenida por la CIA en Estados Unidos, descubierta su traición al príncipe.

—Nada que reprochar —murmuró roncamente el ruso—. Sólo, una buena lección que aprender.

—¿Me dice algo, señor Angelof?

—No… No, Alteza. Desembarquemos. Los americanos han cumplido su parte. Ahora, nos toca a los rusos.

Hizo una bola con la misiva recién leída, y la tiró al agua. Sabía que nadie podría leerla. Si acaso, algún pez, en el extraordinario caso de que un pez supiera leer. De ser así, el sorprendido animal marino se habría enterado de…:

«Lo siento, Val pero sé que lo comprendes. Quizá no te importe, pero guardaré siempre muy buen recuerdo de ti. Si alguna vez estás en apuros que requieran un buen enemigo, sólo tienes que enviar un mensaje a la CIA a nombre de,

»Baby».

Un poco más tarde, el espía ruso veía nuevamente, en la estación marítima, a la bella muchacha de los enormes ojos azules,

pero ni quiso reparar en su belleza,… Tardaría mucho tiempo en olvidar a la señorita Macguillicudy, aquella extraordinaria institutriz…

Este es el final

Ya todos los trámites solucionados, y el equipaje de la dama colocado en el auto, el caballero pasó al volante, sentándose junto a la pensativa dama, tan joven, tan hermosa, con aquellos ojos tan maravillosos, de color azul cielo de verano…

—¿Alguna preocupación? —sonrió el caballero.

—Ninguna, Simón.

—Espero que el viaje haya sido bueno.

—Muy bueno.

Simón puso el coche en marcha, y, mientras maniobraba en el estacionamiento, quedó un instante dando frente al gran trasatlántico. Sonrió de nuevo.

—¿Sabe?: hace tiempo que tengo deseos de emprender un crucero de placer… ¿Se pasa bien en el *Titania*?

—Muy bien, Simón. ¿Tiene mi pasaje de avión?

—Por supuesto. Sale dentro de dos horas… Podemos viajar tranquilos. Vaya, usted sí que viaja, Baby… Llega en barco, toma el avión… En el fondo, debe estar ya un poco cansada.

—Sí… Un poco.

—¿Qué tal persona es ese príncipe? ¿Tratable?

—Muy tratable… Y muy inteligente. No tuyo un solo fallo en cumplir su parte. Un muchacho… extraordinario. Valiente y discreto.

—Caramba… Me gustaría que alguien hablase así de mí en alguna ocasión… ¿Qué es eso?

La viajera había abierto su precioso maletín rojo con florecillas azules, y, de un doble fondo, acababa de sacar una gran fotografía, que se dedicó a contemplar pensativamente, tras musitar:

—Una fotografía.

—¿De quién? ¿Del príncipe?

Brigitte Montfort, alias *Baby*, rompió en diminutos fragmentos la

fotografía, que fue tirando por la ventanilla… Sólo cuando hubo tirado el último diminuto pedacito, contestó a la pregunta:

—Algo así, Simón… Algo así. Digamos… que de un príncipe que se enamoró… de una institutriz…

—¡Qué romántico! —rió Simón.

—En efecto. Fue muy romántico… Espero que no sean demasiado duros con él en su Directorio.

FIN